
HARLEQUIN
Deseo™
UNA HEREDERA EN APUROS
KATHIE DeNOSKY

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Una heredera en apuros, n.º 1287 - agosto 2015
Título original: Lonetree Ranchers: Brant
Publicada originalmente por Silhouette® Books
Publicada en español 2004

I.S.B.N.: 978-84-687-6882-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo Uno

Con los zapatos en la mano, Anastasia Deveraux apretó su cuerpo contra el muro de ladrillos y esperó a que el vaho se borrara de los cristales de sus gafas.

–No debo mirar abajo –se susurró cuando los cristales terminaron de desempañarse–. Puedes hacerlo si no miras abajo.

Cerró los ojos y trató de hacer acopio de todo su valor. ¿Cómo ella, una inteligente y nada aventurera bibliotecaria, podía estar en la cornisa de una ventana, a cuatro pisos de altura, en la fachada del hotel Regal Suites de San Luis? Y encima a medianoche, ni más ni menos.

Miró hacia su izquierda y comprobó que, además, no había vuelta atrás. Si regresaba, estaba perdida. Su única opción era continuar hasta el siguiente balcón.

Respiró profundamente y se concentró en alcanzar la plataforma que tenía a la derecha. Pero las afiladas puntas de los ladrillos que tenía detrás se engancharon con un mechón de pelo y le rasgaron la blusa de seda y las medias.

El frío viento de febrero la hizo estremecer… Maldijo su falta de previsión. Debería haber agarrado su abrigo y su bolso antes de escapar de la habitación. Pero no lo había hecho y no tenía ningún sentido que se lamentara ahora.

Cuando, finalmente, notó el frío metal de la barandilla sobre su cadera, extendió la mano y se agarró a ella con desesperación. Su abuela jamás la perdonaría si encontraban su cuerpo en el basurero de abajo. Sería tremendamente indigno. Las mujeres Whittmeyer, aun cuando se apellidaran Deveraux, no podían perder la dignidad, jamás.

–Perdóname, abuela –susurró Anastasia–. Pero no hay modo digno de poder hacer esto.

Saltó por encima de la barandilla, cayendo patosamente sobre el suelo del balcón. Ignoró el dolor de su rodilla y de las palmas de las manos y se puso en pie.

Había luz en la habitación y rezó por haber llegado a una suite que estuviera ocupada. Sólo esperaba que el inquilino no se hubiera dormido.

Respiró profundamente y llamó al cristal de la puerta ansiosa por entrar.

Si Patrick regresaba, la echaba de menos y se le ocurría salir a la ventana, la vería.

Volvió a llamar, aún con más energía.

Una voz maldijo en el interior de la habitación, pero la imprecación fue seguida de un profundo silencio.

–¡Por favor, déjeme entrar! –dijo Anastasia con pánico creciente.

–¿Desde dónde demonios me habla? –preguntó la voz masculina.

–Desde el balcón. Por favor, apresúrese –añadió Anastasia, mirando con nerviosismo al balcón del la habitación contigua.

Las cortinas fueron apartadas con ímpetu y Anastasia vio a un espectacular caballero de ojos azules y torso musculoso, que llevaba tan sólo una leve toalla a la cintura. Un suave mechón de pelo negro le caía sobre la frente, suavizando la dureza de su rostro hermoso y anguloso.

–¿Qué demonios está usted haciendo ahí? –dijo él al abrir la puerta.

Ella dejó los zapatos sobre el suelo y dio un paso hacia atrás. Pero se tropezó ligeramente, tambaleándose. Él se apresuró a sujetarla.

–¡Cuidado, princesa! –dijo él con una voz profunda y sensual–. A menos que seas un ángel y tengas alas no creo que la caída libre desde aquí vaya a ser muy agradable.

–No –dijo Anastasia negando con la cabeza–. No tengo alas –miró por encima de la barandilla–. Y no creo que fuera un aterrizaje fácil.

El hombre la empujó suavemente hacia el interior de la habitación.

–Ya estás a salvo –le dijo, con un tono de voz mucho más delicado que al principio.

Ella se estremeció. Pero no estaba segura de si era por el frío o por el insinuante sonido de su timbre de barítono. Tampoco podía obviar la impresionante exhibición de músculos de que hacía gala su anfitrión. Parecía sacado de uno de aquellos calendarios que

Tiffany, su ayudante en la biblioteca, había puesto en la habitación de personal. La idea de que aquel hombre no llevara nada debajo de la toalla le provocó otro escalofrío.

–Estás completamente helada –le dijo, malinterpretando su reacción.

La arropó en sus brazos.

–Gracias… gracias por dejarme entrar.

–¿Cuánto tiempo llevabas ahí fuera?

–No estoy segura –dijo. Había perdido la noción del tiempo–. Cinco o diez minutos.

Mientras seguía pensando en el tiempo que había permanecido fuera, de pronto reparó en que aún permanecía abrazada a aquel desconocido.

Posó las manos sobre su pecho fornido y se apartó. Pero una marca de sangre hizo que se detuviera.

–Déjame ver –le rogó él. Tomó sus manos y las observó preocupado–. ¿Qué ha sucedido?

–Me he caído al saltar a la barandilla.

–¿Cómo has llegado hasta mi balcón?

–He caminado… por la cornisa.

Él la instó a sentarse y vio las heridas de sus rodillas.

–¡Dios mío. Tienes cortes por todas las piernas!

Antes de que él pudiera sugerirle que se quitara las medias, unos golpes sonaron en la puerta.

Ella se levantó asustada.

–¿Espera a alguien? –preguntó Anastasia.

Él miró a la puerta.

–No –dijo y se encogió de hombros–. Pero tampoco te esperaba a ti.

–Es Patrick –dijo con terror–. No puede encontrarme aquí. Tengo que marcharme.

Brant Wakefield observó cómo aquella mujer buscaba con desesperación un lugar por donde escapar. Estaba tan aterrorizada que, sin duda, volvería al alféizar si no le daba una alternativa.

–Tranquilízate. No se quién es ese tal Patrick ni por qué huyes de él, pero no te voy a delatar. Siéntate tranquilamente que yo me ocupo de él –se encaminó hacia la puerta–. Cuando vuelva te curaré esas heridas.

Salió de la habitación en dirección a la pequeña sala de la suite y cerró la puerta. En cuanto se librara del intruso, iba a hacerle algunas preguntas a su inesperada visitante.

Un nuevo golpe en la puerta volvió a sonar, en aquella ocasión con más fuerza.

Al abrir se encontró con uno de esos tipos trajeados que tan poca confianza le inspiraban.

–¿Qué demonios quiere? –le preguntó con muy malos modos.

El intruso dio un paso hacia atrás.

–Siento molestarlo, pero estoy buscando a mi prometida –le mostró una foto–. Quizás la haya visto.

Pensó en una buena excusa y aprovechó su medio desnudez para quitarse a aquel pesado de encima.

–La única mujer que he visto últimamente es la que está en el dormitorio esperándome para quitarse las medias –dijo él insinuando la interrupción de un juego amoroso–. Estaba a punto de quitárselas yo cuando usted ha llamado.

El intruso sonrió.

–Le dejo volver a su entretenimiento –le dijo. Acto seguido se sacó una tarjeta de la chaqueta y escribió un número en la parte trasera–. Aquí tiene mi número de habitación y mi nombre. Si ve a una mujer de aspecto normal, vestida con una falda de color khaki y una camisa blanca, llámeme.

Puede que su prometida no fuera una reina de belleza, pero, sin duda, merecía por parte de su novio un calificativo mejor que el de «normal».

Cerró la puerta y regresó al dormitorio.

Al entrar no vio a nadie.

–¿Hay alguien? –preguntó desconcertado.

¿Habría vuelto al alféizar?

La duda lo inquietó. Aunque no conociera a aquella mujer, la posibilidad de que le sucediera algo no le agradaba.

La puerta del baño se entreabrió levemente en aquel momento.

–¿Ya se ha ido? –susurró.

–Sí, se ha ido y, si no me equivoco, no va a volver a molestarnos en lo que queda de noche.

Ella abrió la puerta del todo y se quedó en el vano con mirada indecisa. Con aquellas gafas de concha negras y aquellos ojos verdes

asustados, le recordaba a su profesora de primero de básica, la señorita Andrews. La profesora miró a Brant con idéntica perplejidad cuando, a la tierna edad de seis años, había tratado de convencerla de que él no había introducido el grillo en el vestido de Susie Parker, sino que el travieso insecto había llegado hasta allí por sí solo.

–¿Por qué sabes que no va a volver?

–Porque le dejé bien claro que no quería ser molestado –se encogió de hombros y sonrió–. No es culpa mía si él ha querido creer que me estaba regocijando con una «conejita».

–¿Qué es una «conejita»? –preguntó mientras sacudía la cabeza y se encaminaba hacia la puerta–. No me lo digas. Creo que ya lo sé.

Brant la siguió hasta la sala de estar.

Se había quitado el moño que le constreñía el hermoso cabello rubio, dejándoselo libre. Parecía más joven.

También notó que se había quitado las medias. Tragó saliva y trató de desviar su atención de sus piernas bien formadas y suaves. Se sorprendió al ver que llevaba las uñas de los pies pintadas de un rojo intenso. Le parecía que estaba fuera de lugar, teniendo en cuenta que el resto de su atuendo era tremendamente conservador.

Finalmente, decidió que no era asunto suyo el color de las uñas de aquella señorita, ni que escondiera unas piernas de ensueño debajo de aquella falda demasiado grande.

–Siéntate un momento mientras me visto y, después, le echaré un vistazo a esa rodilla herida.

Ella asintió y se sentó en el sofá. Luego lo miró fijamente durante unos segundos.

–No quiero pecar de curiosa, pero he visto unos botes de pintura en el baño y me he preguntado si eres actor o algo así.

–No exactamente. Trabajo en los rodeos. Estoy en la ciudad este fin de semana en el PBR.

–¿Qué es eso?

–El encuentro de profesionales del rodeo.

–Suena muy interesante… tu nombre…

–Brant Wakefield.

–Yo soy Anastasia Deveraux –dijo ella en un tono extremadamente educado.

–Encantado de conocerte –le estrechó la mano y, en el instante

mismo en que notó su palma, una fuerte corriente eléctrica se produjo entre ambos.

Incapaz de hablar, él se apartó de ella, se dio media vuelta y entró en el dormitorio.

Mecánicamente, se vistió y luego agarró del botiquín lo esencial para la cura.

Pero al regresar, se detuvo en seco al verla acurrucada en el sofá y temblando incontroladamente.

Se le puso un nudo en el estómago y se maldijo por no haberle ofrecido una manta.

Acercó la mesa y colocó el maletín de primeros auxilios. Luego comenzó a frotarle de arriba abajo los brazos.

Sospechaba que aquella reacción tenía más que ver con lo que le acababa de pasar que con la temperatura ambiente.

–Te traeré algo para taparte.

–Gracias –dijo ella.

En cuestión de segundos, ya estaba cubierta por una gruesa chaqueta.

–Esto te ayudará a entrar en calor.

Se arrodilló delante de ella, le levantó la falda y trató de obviar el liguero que pendía a pocos centímetros de su mano.

–¿Te importaría contarme qué es, exactamente, lo que te ha sucedido?

–No creo que sea buena idea.

Brant dejó la cura y la miró fijamente.

–Puedes confiar en mí –le dijo, con los ojos clavados en los de ella–. Sólo quiero ayudarte.

–¿Qué te hace pensar que tengo problemas?

–Has arriesgado tu vida caminando por una cornisa para llegar a la habitación de un desconocido. No creo que lo hicieras sólo por tomar el aire –cerró la botella de antiséptico y sacó un ungüento antibacteriano–. ¿Por qué no empiezas por explicarme por qué huyes de tu prometido?

–Señor Wakefield… –dijo, pasándose repentinamente al usted, como si quisiera poner distancia.

–Nos estábamos tuteando –le recordó él.

–Brant, estás siendo muy amable conmigo –dijo ella y él notó que al escuchar el sonido de su nombre dicho por su voz armónica

sentía un cosquilleo en el estómago–. Pero creo que será mejor que no te impliques en todo esto.

–Demasiado tarde. Ya me he implicado.

Ella lo miró dudosa.

–Patrick Elsworth, el que se dice mi prometido, me ha amenazado.

Él trató de concentrarse en la historia de la que estaba siendo partícipe, en lugar de prestar atención a los inexplicables sentimientos que despertaban en él aquella desconocida.

Al fin y al cabo Anastasia Deveraux no era su tipo. Era refinada y culta, lo decían sus modales, su forma de hablar y su ropa. Incluso su nombre.

Él, por su parte, podía considerarse un triunfador, con una espléndida cuenta bancaria y un imponente rancho. Pero no era, para nada, refinado.

Además, ella estaba comprometida con aquella comadreja escuálida vestida con traje de chaqueta. Brant no era de los que se metía en el terreno de otro hombre, aunque el tipo en cuestión no mereciera ni el más mínimo respeto.

–Lo mejor sería que encontrara el modo de escapar del hotel sin involucrarte en todo esto –continuó ella.

–Sé cuidar de mí mismo –le dijo él, mientras desenrollaba la gasa y se la colocaba alrededor de la rodilla–. Te doy mi palabra de que ese prometido suyo tendrá que vérselas conmigo si te pone una mano encima, Annie.

Anastasia respiró profundamente. Era la primera vez, desde la temprana muerte de sus padres, cuando ella contaba con tan solo cinco años, que alguien la llamaba así: Annie.

Sintió una profunda tristeza. A pesar de que habían pasado diecinueve años, aún los echaba de menos.

Respiró profundamente para desterrar aquella sensación de pena y vacío. No tenía sentido perder el tiempo pensando en lo que habría podido ser su vida en otras circunstancias. Al menos eso era lo que decía su abuela y, lo que su abuela, Carlotta Whittmeyer, consideraba correcto, lo era. Nadie se atrevía a contradecirla.

Volvió su atención al hombre que le curaba las heridas. Lo observó unos segundos. Parecía de fiar, y la verdad era que necesitaba, desesperadamente, alguien en quien confiar.

–No sé por dónde empezar.

–¿Por el principio? –sugirió Brant.

Su sonrisa la animó a narrar su historia.

–Patrick es el contable de mi abuela –comenzó a decir Anastasia.

–¿Fue así como os conocisteis?

Ella negó con la cabeza.

–No. Él venía regularmente a la biblioteca en la que trabajo. Así fue como me pidió que saliéramos a cenar hace aproximadamente un año.

–¿Y has estado saliendo con él desde entonces?

–Sí –dijo ella–. Pero, antes de todo, quiero aclarar que Patrick Elsworth no ha sido ni jamás será mi prometido.

Capítulo Dos

Brant miró el imponente brillante que llevaba Anastasia en la mano derecha.

–Entonces, ¿qué es eso? –preguntó, señalando el anillo–. Que yo sepa una piedra como ésa significa algo.

–De hecho es el anillo con el que Patrick trató de comprometerme.

–Y tú te quedaste el anillo, pero no te comprometiste.

–Exacto.

Aquella explicación carecía de toda lógica. A menos que, en realidad, ella fuera… ¿Había robado aquella cara pieza?

Como si le hubiera leído la mente, respondió.

–Si te estás preguntando si soy una ladrona, la respuesta es «no». En realidad este anillo pertenece por derecho a mi abuela.

Aquello acabó de confundir a Brant.

–Quieres decir que ese tipo te ha dado un anillo de compromiso que pertenece a tu abuela, pero no aceptaste casarte con él.

–Exactamente.

–¿Estás segura de que has empezado toda esta historia desde el principio? –preguntó él–. Porque, si es así, creo que te has olvidado de algún detalle.

Ella se bajó la falda hasta cubrir las rodillas, impidiéndole ojear sus impresionantes piernas.

–Bueno, yo he estado saliendo con Patrick durante un año…

–Hasta ahí lo he entendido –dijo Brant.

–Llevábamos viéndonos unos meses, cuando Patrick comenzó a darle a mi abuela algunos consejos para invertir su dinero. Muy pronto, mi abuela despidió al señor Bennett, quien había llevado sus cuentas durante años, y contrató a Patrick. Al principio todo iba bien pero, de pronto, empecé a apreciar un cambio en él.

Brant recogió el botiquín.

–¿Qué había cambiado?

–Al principio no era obvio, pero, poco a poco, se fue haciendo.

Empezó por llevar ropa más cara. Yo creí que habría conseguido nuevos clientes. Pero en cuestión de dos meses reemplazó su coche por un BMW, se compró una casa en uno de los barrios más caros y la decoró con antigüedades y piezas de arte. Pronto me di cuenta de que su estilo de vida no se correspondía con el de un pequeño administrador que había empezado una empresa en una ciudad tan pequeña como la nuestra.

–¿No sois de San Luis?

–No. Vivimos en una pequeña ciudad llamada Herrin, en Illinois, con una población en torno a los diez mil habitantes.

El sentido común le decía a Brant que, efectivamente, se tardaba más de un año en construir un negocio con semejantes ganancias.

–La verdad es que suena francamente sospechoso.

Ella no paraba de girar el anillo en su dedo.

–Hasta esta noche sólo tenía sospechas, pero ahora tengo algo más.

–¿Pruebas?

Ella se mordió el labio inferior antes de responder.

–No, pruebas no.

–Entonces, ¿cómo puedes estar tan segura de que es un ladrón?

Ella se levantó y comenzó a pasear de un lado a otro de la habitación.

–Sé que Patrick ha estado engañando a mi abuela, porque él mismo me lo ha confesado.

–¿Me estás diciendo que ese necio, después de aceptar que le estaba robando a tu abuela, te ha pedido que te cases con él?

–Sí.

Él negó con la cabeza.

–Ese idiota necesita que alguien le dé su merecido.

Anastasia dejó de moverse de un lado a otro.

–Eso fue, exactamente, lo que yo pensé –respondió ella–. El problema es que, cuando le dije que moriría antes que casarme con él, me dijo que eso era fácil de solucionar.

Brant la miró sorprendido.

–¿Ese tipo te ha amenazado?

–Sí.

–¿Crees que hablaba en serio?

Ella asintió.

–Me temo que sí –respondió ella–. Está desesperado.

Brant se alarmó. Se arrepentía de no haberle partido la cara a esa alimaña cuando lo tuvo delante.

–Tienes que ir a la policía.

–¿Y qué les digo? –preguntó ella–. Aunque haya admitido delante de mí que está estafando a mi abuela y me haya amenazado, no tengo ni pruebas ni testigos. Si las autoridades lo interrogaran, lo negaría todo. Sería su palabra contra la mía.

–Si ya sabías que ese hombre era una rata, ¿qué hacías en su habitación?

–Me he hecho la misma pregunta cien veces desde la cena –respondió ella disgustada–. He concluido que ha sido inmadurez o necedad y, en este momento, me inclino más por la segunda.

–Eres muy dura contigo mismo, Annie –dijo Brant, deslizando la mano por su espalda para apaciguar la tensión.

–Lo cierto es que, mi abuela tiene dos cuentas bancarias aquí en San Luis y, cuando Patrick me dije que tenía una cita aquí con el director del banco, pensé que era mi oportunidad de averiguar algo.

–Supongo que no encontraste nada .

–No, claro que no, porque esa cita nunca ha tenido lugar –cerró los ojos y agitó la cabeza–. No ha sido más que un modo de enredarme para que viniera con él hasta aquí. Según me ha confesado, sabía que yo empezaba a sospechar y que era solo cuestión de tiempo que se lo contara a mi abuela. Así que me compró un anillo de compromiso con el dinero de mi abuela; tenía la intención de pedirme en matrimonio.

Brant la miró confuso.

–¿En qué iba a ayudarlo estar casado contigo? Podrías, a pesar de todo, denunciarlo y llevarlo a los tribunales.

Anastasia abrió los ojos.

–Patrick sabe que mi abuela jamás pondría una denuncia al marido de su nieta. Crearía un escándalo. Cualquier cosa que pueda ensombrecer a la familia Whittmeyer tiene que evitarse a toda costa.

Brant notó un cierto tono de amargura en sus palabras. Sintió rabia. ¿Cómo podía aquella mujer sacrificar la felicidad de su nieta sólo por el buen nombre de la familiar?

Se apartó de ella y se metió las manos en el bolsillo, antes de

hacer algo tan estúpido como tomarla en sus brazos para reconfortarla. El problema era que no estaba seguro de ser sólo consuelo o alivio lo que quería darle. Aquellos sentimientos eran ridículos, más aún, teniendo en cuenta de que la conocía de hacía menos de una hora.

–¿Por qué no llamas a tu abuela y le cuentas lo sucedido?

–No puedo, mi abuela está de viaje, haciendo un *tour* por Europa. La verdad es que no sé ni en qué país está.

–¿No hay nadie más a quien puedas avisar? Tus padres, por ejemplo.

–Mis padres murieron hace diecinueve años. Mi abuela y yo sólo nos tenemos la una a la otra.

Anastasia tenía un aspecto tan indefenso y solitario, que tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no dejarse llevar y abrazarla.

–¿Cómo te las arreglaste para escapar de él?

–Patrick había bajado a recepción para llamar a Las Vegas. Quería reservar una capilla y comprar los billetes de ida. Me había dejado encerrada con llave, por eso salí por el balcón –sufrió un escalofrío y Brant supuso que era por la experiencia que acababa de vivir–. Ahora tengo que encontrar alguna prueba que lo incrimine y mantenerme oculta durante al menos una semana.

–Está claro que no puedes volver a tu casa –dijo Brant–. Supongo que será el primer lugar al que vaya a buscarte.

Ella asintió.

–Me sería imposible ocultarme en Herrin. Todo el mundo me conoce. Pero no tengo adónde ir, ni dinero. Me dejé el bolso y el abrigo en la habitación de Patrick.

Se quitó las gafas y comenzó a frotarse el puente de la nariz.

Al librarse de aquellas pesadas lentes el rostro de Anastasia le resultó inesperadamente hermoso. Brant tuvo que hacer un esfuerzo para seguir concentrado en el tema que los ocupaba.

–No te preocupes por el dinero ni el lugar adonde ir. Te vendrás conmigo.

–Realmente te agradezco tu ofrecimiento, pero no puedo implicarte en un asunto como éste, que te es totalmente ajeno; además…

–Creo que es muy tarde para eso. Ya me implicaste en el instante en que entraste por el balcón.

–Pero…

–No hay «peros». Sé cómo hacerlo –se rió–. Créeme, sé cómo mantenerte a salvo hasta que tu abuela regrese, y es lo que voy a hacer.

–No puedo estar una semana contigo –protestó ella.

–¿Por qué no?

–Porque apenas te conozco. No sé nada sobre ti.

Él asintió.

–Eso tiene fácil remedio. Pregúntame lo que quieras saber.

Ella lo miró fijamente.

Lo cierto era que no se le ocurría ninguna pregunta brillante sobre su pasado ni sobre su presente. Solo la asaltaban cálidos pensamientos más basados en sus ojos azules e imponente musculatura que en su historia personal.

Entre sus dudas estaba cómo sería sentir sus labios regocijándose sensualmente con los de ella, o la sensación de su torso contra sus senos.

Anastasia tragó saliva y se recompuso mentalmente. No solía fantasear con los hombres con los que salía, así que, menos aún con los que apenas conocía.

–Bueno… cuéntame lo que quieras de ti.

Él dibujó una sonrisa tan endemoniadamente sexy que a Anastasia le provocó un cosquilleo en el estómago.

–Ya sabes mi nombre y mi profesión… –hizo una pequeña pausa para pensar–. Tengo treinta y dos años y un rancho en Wyoming que comparto con mis hermanos. Cuando sea demasiado viejo para dedicarme a mi profesión, me centraré en la cría de caballos para rodeos. ¿Alguna otra cosa que quieras saber?

Ella le miró la mano derecha, presumiblemente en busca de un anillo.

–Tu novia, ¿estará de acuerdo en que pase contigo una semana?

–No tengo novia.

–Ya.

Él sonrió.

–No te equivoques. Me gustan las mujeres como al que más. Simplemente, no he encontrado aún a la adecuada.

–No se me había ocurrido pensar que… –ella se ruborizó y decidió, de inmediato, cambiar el rumbo de la conversación–.

¿Cómo vas a sacarme del hotel sin que Patrick se entere?

–Déjame eso a mí –dijo Brant.

Se acercó al teléfono y agarró el auricular.

Anastasia no podía creerse lo que estaba sucediendo. Aquello era una locura. ¿Cómo podía estar en la habitación de un extraño planeando pasar una semana en su compañía, huyendo de un posible criminal y sin ninguna otra opción razonable a la que recurrir?

Observó a su improvisado anfitrión mientras marcaba el número. Lo cierto era que la perspectiva de emprender aquella aventura en compañía de un atractivo vaquero, lejos de acobardarla, le resultaba inexplicablemente excitante.

–Hola, Sarah. Soy Brant. Necesito tu ayuda –dijo al teléfono e hizo una pausa–. Sí, sé qué hora es –hizo una mueca y se apartó el teléfono, tapando el micrófono–. Sarah es la coordinadora *in situ.* Está un tanto indignada por haberla despertado a la una y media de la madrugada.

–Quizás todo esto no haya sido tan buena idea después de todo –dijo Anastasia al oír la voz crispada de la mujer a través del teléfono.

Brant se rió.

–Sí, ya sé que te vas a vengar por esto. Pero escucha, necesito un favor. Tienes que conseguirme un sombrero, una camisa, unos vaqueros y unas botas –se volvió hacia Anastasia–. ¿Qué tallas usas?

–Una cuarenta en ropa y un treinta y nueve en zapatos.

–Consigue una camisa y unos pantalones de la treinta y ocho. También necesito una cazadora de la misma talla. Que las botas sean del treinta y nueve.

En cuanto colgó el teléfono, Anastasia negó con la cabeza.

–No puedo llevar una talla treinta y ocho. Es demasiado pequeña.

Él volvió a dibujar su sonrisa encantadora y ella sintió un cosquilleo en el estómago.

–Confía en mí: será perfecto.

Brant sonrió satisfecho al ver a Anastasia salir de la habitación.

–¡Guau! Estás impresionante

Ella lo miró dudosa por encima de las gafas.

–No estoy segura de que esto sea buena idea.
–¿Por qué? –Brant no veía problema alguno. Con la inestimable ayuda de una talla menos, Anastasia se había transformado en una imponente fémina.
–Estos pantalones serán elásticos, pero me aprietan demasiado, y la camisa está demasiado ajustada.
Tenía razón, estaba demasiado ajustada y marcaba sus senos perfectos con excesiva precisión. ¡Era fabuloso!
Cuando ella se inclinó para recoger del suelo la etiqueta que se acababa de caer, el corazón de Brant se aceleró increíblemente. Se preguntó si llevaría ropa interior debajo de los pantalones, porque no se apreciaba ninguna marca.
La idea de que fuera desnuda por dentro hizo que su presión arterial se elevara peligrosamente.
Apartó los ojo de ella y se aclaró la garganta.
–Esa ropa es perfecta. Te camuflarás fácilmente entre la gente y ese maldito Elsworth no te reconocerá aunque pase a tu lado.
–Supongo que eso es lo que buscamos.
Brant asintió.
–Eso es, exactamente, lo que buscamos.
Ella comenzó a recogerse el pelo.
–Déjatelo suelto y ponte esto –la interrumpió él, mostrándole el sombrero.
–Jamás me he puesto un sombrero.
–Razón de más para que lo hagas. ¿Puedes ver sin las gafas?
–No muy bien. Soy miope y las cosas a cierta distancia me resultan borrosas.
–Pero no te vas a chocar contra un muro ni nada por el estilo.
–No.
–Entonces, quítatelas –dijo él–. Las pondré en mi bolsillo y te las devolveré cuando ya hayamos salido de aquí.
Anastasia se quitó las gafas con ciertas dudas y se las entregó.
–Alguna vez he pensado en ponerme lentes de contacto. Pero llevo tanto tiempo con gafas que no sé qué aspecto tendré si me las quito.
Él sonrió.
–Créeme, estás muy bien –dijo él.
Ella se preguntó si la mirada de aquel hombre decía

exactamente lo que ella creía estar interpretando. ¿Realmente la encontraba atractiva?

El corazón le dio un vuelco, pero pronto recobró su ritmo normal. No podía ser. Estaba equivocada en su apreciación. Con o sin gafas, jamás había sido ni sería una de esas mujeres en las que los hombres reparan.

Brant se puso a recoger lo que quedaba por la habitación.

–Llévate la ropa que llevabas antes porque, después del rodeo, iremos directamente al aeropuerto.

Recogieron sus cosas y en unos minutos todo estuvo dispuesto.

–¿A qué hora empieza el rodeo? –pregunto Anastasia.

–Dentro de un par de horas. Pero tenemos que ir hasta el lugar y comer algo antes de que me cambie de ropa y me pinte la cara.

–¿La cara?

–Sí. Con las pinturas que viste en el baño.

Anastasia asintió y se obligó a sí misma, con grave temor, a salir del refugio de la habitación.

Su rostro debía de ser un reflejo de su ansiedad porque él rápidamente captó su estado.

Cerró la puerta y la tomó de la mano.

–Tranquilízate, todo irá bien.

El tacto de su palma le resultaba reconfortante y tranquilizador.

–Brant, realmente agradezco lo que estás haciendo por mí… –comenzó a decir ella.

Pero, antes de que pudiera terminar, él soltó lo que llevaba en la mano y la tomó en sus brazos.

–¿Qué crees que…

–Calla –le dijo él sólo momentos antes de que sus labios cubrieran los de ella.

Capítulo Tres

Mientras Brant besaba a Anastasia, trataba, al mismo tiempo, de vigilar al hombre que acababa de salir del ascensor. Patrick Elsworth se dirigía hacia ellos y Brant quería asegurarse de que no reconocía a Anastasia.

Pero la sensación de aquellos labios suaves y del leve peso de aquel cuerpo femenino contra el suyo, le impedía pensar en otra cosa que no fuera la mujer que tenía en sus brazos.

No podía dejar de besarla. La suavidad de su pelo y el dulce sabor de su boca eran un elixir demasiado poderoso. Anastasia besaba como un ángel, mientras sus senos abundantes presionaban su torso recordándole que se trataba de una mujer con un cuerpo de ensueño. La virilidad de Brant respondió en consonancia con sus cálidos pensamientos.

–Buenos días –dijo repentinamente Elsworth.

Brant detuvo con dolor el beso, pero mantuvo a Anastasia en sus brazos para evitar que se volviera o actuara llevada por el pánico. O al menos ésas fueron las razones que él se adujo a sí mismo.

Al notar que el intruso no se movía de su sitio, se volvió hacia él con ceño fruncido.

–¿Quiere algo?

El hombre asintió.

–Sigo buscando a mi prometida. Supongo que ninguno de los dos la habrá visto.

Brant notó que Anastasia se tensaba.

–Como ya le dije anoche, la única mujer que he visto es la que tengo en mis brazos en este instante.

Brant notó que el tipo miraba a Anastasia de arriba abajo con cierta lujuria. Un sentimiento posesivo lo empujó a deslizar la mano hasta el trasero de ella para bloquearle al intruso la visión. Pero Elsworth mantenía su impertinente mirada fija en su objetivo.

–Si no es capaz de mantener a una mujer a su lado, déjenos a los que sí podemos que disfrutemos de las nuestras.

El gesto de Elsworth se transformó en una mueca de rabia, se dio media vuelta y se alejó.

–¿Ya se ha ido? –preguntó Anastasia pasados unos minutos.

–Creo que sí –respondió él. Se inclinó y agarró su bolsa–. Larguémonos de aquí antes de que ese idiota regrese.

Anastasia siguió a Brant hasta el ascensor con las piernas temblorosas.

Haber estado en sus brazos y haber notado su calor le había causado sensaciones únicas que la habían dejado sin palabras. Pero, sin duda, habían sido sus besos los que habían provocado que el mundo se detuviera por unos segundos. Jamás nadie la había besado así en sus veinticuatro años de existencia.

Lo más desconcertante de todo era que las sensaciones vividas no habían desaparecido, sino que quedaban presentes manteniendo alerta su recién despertada libido.

–¿Preparada para tomar un taxi? –le preguntó Brant.

Anastasia miró de un lado a otro confusa. No se había dado cuenta de cuándo habían tomado el ascensor, ni de cuándo habían salido del hotel.

Había estado tan absorta en sus pensamientos que no había reparado en que Brant ya había pasado por recepción. ¿Qué demonios le pasaba? Todo su interior estaba inusualmente agitado pero, sin duda, se sentía más viva de lo que lo había estado jamás.

–¿Estás bien? –le preguntó Brant, mirándola preocupado. Le posó la mano en la espalda para guiarla.

–Esto… sí, claro, estoy bien. Vamos.

Se disponían a salir, cuando una voz los retuvo.

–¡Eh, Brant! Espera –era un hombre–. Quiero hablarte sobre mi toro.

Anastasia se volvió a mirar al vaquero.

–¿Su toro? –preguntó ella extrañada.

–El toro que va a montar –le aclaró Brant–. La verdad es que esto era lo último que quería que sucediera –según se iba acercando el desconocido, el gesto de Brant iba pasando de la satisfacción al más puro descontento–. Pensé que anoche te habían aconsejado que no montaras.

–El médico me ha dicho que puedo montar –miró a Anastasia y

sonrió–. ¿Quién es esta hermosa señorita?

Anastasia se quedó muy sorprendida al sentir que Brant le pasaba el brazo por los hombros en un gesto posesivo.

–Es Anastasia. Está conmigo.

–Encantado de conocerte, Anastasia. Yo soy Colt Wakefield, el hermano pequeño y guapo de Brant.

Tendió la mano para estrechársela.

Sin duda, Colt y Brant eran hermanos, pues se parecían enormemente. Tenían el mismo pelo negro y aquellos increíbles ojos azules.

–Encantada –murmuró ella.

–El placer es mío –dijo él, dejando su mano en la de ella más tiempo del preciso.

–Estábamos a punto de tomar un taxi –dijo Brant claramente molesto.

–Me iré con vosotros, y así me puedes decir lo que piensas de Black Magic.

Mientras estuvieron esperando el taxi, Brant mantenía a Anastasia agarrada, con su gran cuerpo protegiéndola del frío viento. Aunque el sol lucía espléndido, la temperatura era heladora. No obstante, Anastasia sentía un inexplicable calor.

–Deberías renunciar al rodeo de hoy –dijo Brant más como una orden que como una sugerencia.

–Sabes que no puedo hacerlo, hermano –negó Colt con la cabeza–. Una renuncia me dificultaría llegar a la final.

–¿A qué se refiere con «renuncia»? –preguntó Anastasia.

En ese instante un taxi se detuvo y todos se montaron.

Brant dio su explicación en el momento en que estuvieron en su asiento.

–«Renuncia» es cuando un vaquero se niega a montar el toro que le han asignado.

–Mi hermano quiere que me quede detrás de la barrera mientras Black Magic sale.

–Escucha, hermanito, es la primera temporada de ese toro –dijo Brant–. Es un toro joven e impredecible. Ya sufriste una caída anoche y no creo que sea inteligente exponerte a una lesión grave.

–Pero no podré llegar a la final si renuncio.

–Falta mucho hasta octubre. Puedes recuperar los puntos de aquí

a entonces.

–Ya perdí la oportunidad de llegar a la final el año pasado, cuando Fireball me lanzó contra la barrera y me rompí el tobillo –respondió Colt–. No voy a perdérmelo este año por no tener suficientes puntos.

Pronto llegaron a su destino y Colt seguía firme en su propósito de montar.

Salió del taxi.

–Haré lo que tengo que hacer –dijo con firmeza–. Así que estaré en la arena cuando me llegue el turno –se volvió hacia Anastasia–. Ha sido un placer. Espero que volvamos a vernos.

Antes de que ella pudiera responder, el muchacho cerró la puerta con fuerza y se encaminó hacia la entrada de personal.

–¡Maldito necio! Juraría que va a cumplir quince en lugar de veintiséis años.

Anastasia lo miró.

–¿Por qué no quieres que tu hermano monte hoy?

Brant pagó al taxista mientras respondía.

–Colt se ha dado tres golpes fuertes en los últimos dos meses. Si no empieza a caer sobre sus pies en vez de sobre su cabeza, va a terminar quedándose sin cerebro.

Ella permaneció en silencio mientras pasaban por el control de seguridad del estadio. Luego, Brant la condujo por el interior de los establos, donde las bestias permanecían contenidas y quietas.

–¿Por favor, podrías darme mis gafas? –le rogó ella, ansiosa por ver aquel nuevo y desconocido entorno.

Él le entregó las lentes.

De pronto, lo que hasta entonces habían sido tan sólo manchas informes se convirtieron en feroces animales. Sólo pensar en la potencial violencia de sus fuerzas desatadas le hizo comprender de inmediato la aprensión de Brant hacia la imprudencia de su hermano.

–¿Éstas son las bestias con la que os enfrentáis?

–Sí, éstas son.

Ella miró a los animales durante unos segundo más.

–¿Os habéis vuelto locos? ¿Cuántos golpes has recibido tú últimamente?

Después de comer el almuerzo preparado específicamente para el personal y sus acompañantes, Brant condujo a Anastasia a los asientos reservados para familiares y se encaminó a los camerinos.

En el tiempo de espera, Anastasia no hizo sino recapacitar sobre todo cuanto había acontecido desde la noche anterior.

Si su abuela se enteraba alguna vez de lo que había ocurrido y seguía ocurriendo, iba a costarle una charla de semanas.

Carlotta era una de esas abuelas sobreprotectoras que consideraban que la vida había que vivirla en prisión para no correr riesgos. Probablemente la prematura muerte de su única hija le había dejado un regusto tan amargo que no quería tener que volver a enfrentarse a nada semejante.

Christine y Jack Deveraux, los padres de Anastasia, habían sido, desde que se habían conocido a los dieciocho años, dos aventureros convencidos de que la vida sólo valía la pena si se vivía intensamente.

Habían fallecido en un accidente de *rafting* cuando Anastasia tenía sólo cinco años.

Todavía recordaba con demasiada claridad el día en que había tenido que partir hacia la casa de su abuela, una desconocida de la que no sabía nada.

Esperanzada, había llegado allí pensando que el dolor y la pérdida las uniría.

Pero no había sido así. Su abuela había sido demasiado estricta y obsesivamente protectora desde el principio.

Anastasia suspiró. Sabía que su abuela la quería y que se había enfrentado a la situación lo mejor que había podido. Pero era inevitable pensar que su relación podría haber sido un poco mejor.

–¿Te importa si me siento aquí? –dijo una voz femenina sacándola de sus pensamientos.

Anastasia alzó la vista y vio a una hermosa muchacha de pelo castaño de unos veinte años que sonreía graciosamente.

–No, claro que no me importa.

–Soy Kaylee Simpson –se presentó ella.

–Encantada, Kaylee. Yo soy Anastasia.

–¿Has venido con alguien? –preguntó la recién llegada.

–Más o menos.

Las luces se apagaron y toda la parafernalia del rodeo dio comienzo. El presidente, tras un breve discurso, fue presentando a los participantes.

Cuando el nombre de Colt, el hermano de Brant, resonó en los altavoces, Kaylee se levantó y comenzó a aplaudir entusiasmada.

–¡Ése es el hombre con el que me voy a casar! –dijo la muchacha con una sonrisa radiante.

–¿Cuánto tiempo llevas comprometida con Colt, Kaylee?

–No, si no estamos comprometidos –dijo ella–. Colt Wakefield prácticamente desconoce que existo. Piensa que soy una cría.

–Pero acabas de asegurar que te casarás con él.

–Me casaré con él, tan pronto como se dé cuenta de que he dejado de ser la hermana pequeña de su mejor amigo.

–¿Cuántos años tienes? –le preguntó Anastasia.

–Cumpliré veinte el mes que viene –respondió Kaylee con una gran sonrisa.

El presentador eligió aquel momento para dar el nombre de Brant y Anastasia notó que se le aceleraba el pulso.

–Ése es el hermano de Colt.

–Brant –dijo Anastasia.

–¿Lo conoces?

–Más o menos.

Kaylee se rió.

–Te pregunto si has venido con alguien y me dices que «más o menos» y que si conoces a Brant y también respondes «más o menos» –de pronto su mirada se iluminó– ¡Cielo santo, es con Brant con quien estás!

–¡No! Bueno, sí –Anastasia se ruborizó–. Es complicado.

–Jamás antes había visto a Brant traerse una novia a los rodeos – dijo Kaylee, pensativa.

–Yo no soy una «novia» –Anastasia vio cómo Brant buscaba su sitio detrás de las puertas que estaban al final de la arena–. Somos sólo amigos.

¿Eran realmente amigos?

No. Brant y ella apenas se conocían.

–En realidad sólo somos conocidos.

Kaylee no parecía nada convencida con la explicación. Se rió.

–Si tú lo dices –de pronto la expresión del rostro de la muchacha

cambió–. Por favor, no le cuentes nada de lo que te he dicho a Colt ni a Brant.

Anastasia sonrió.

–Tu secreto está a salvo conmigo.

–Gracias –dijo–. Si se enteran, mi hermano y Colt me van a estar tomando el pelo toda la vida.

El anunció de la entrada del primer participante del rodeo captó toda su atención.

–¡Ése es mi hombre! –gritó Kaylee emocionada–. En este instante Colt está en quinto lugar. Pero mi hermano Mick va justo detrás de él.

De repente, la puerta se abrió y Colt salió a lomos de un espléndido toro.

Alzaba una mano al aire con imponente maestría, mientras se sujetaba con la otra.

La bestia saltaba y coceaba con fiereza.

De pronto, Colt salió despedido de la grupa del animal y cayó con suficiente suerte como para poder correr hacia la valla protectora.

Pero el toro parecía tener un empeño especial en cobrarse aquella pieza, pues comenzó a perseguirlo con particular tesón.

Colt tropezó y cayó, y el bóvido vio en aquella caída su oportunidad de oro.

A Anastasia se le aceleró el corazón y sintió pavor ante la espeluznante escena que estaba teniendo lugar delante de ella. Pero lo que sucedió a continuación, le paralizó el corazón por completo.

Brant saltó delante del toro y le dio una palmada en el lomo.

El toro se volvió y apuntó sus cuernos hacia él.

Capítulo Cuatro

El toro negro corrió hacia Brant, dando a Colt tiempo de esconderse tras la valla.

De pronto, tan rápido como había comenzado, el peligro terminó. Brant consiguió llevar al animal hacia su cubículo.

Uno de los vaqueros que se situaban cerca de la puerta la cerró.

La multitud se volvió hacia la gran pantalla en la que se repetía la espectacular caída de Colt.

Anastasia resopló aliviada y se concentró en contener el ritmo acelerado de su corazón.

Nadie actuaba como si Brant hubiera hecho algo extraordinario. Incluso Kaylee tenía una sonrisa complacida en los labios.

Brant volvió con su hermano y, satisfechos, se dieron la mano. Parecían contentos con lo que acababa de pasar.

Realmente perpleja, Anastasia observaba a los dos hermanos. Al parecer habían disfrutado de la adrenalina del momento y del peligro.

–¿No has sentido miedo por ellos? –le preguntó a Kaylee.

–Los dos saben muy bien lo que hacen –respondió la muchacha con una sonrisa–. Cuando los vaqueros llegan a rodeos de esta categoría es porque son los mejores del mundo. Una vez que el toro los tira, saben que tienen que correr para salvarse. A todos les gusta que Brant esté allí porque es el mejor desviando la atención del toro.

Anastasia miró fascinada a Brant. Había demostrado su increíble forma y su agilidad. Durante el resto de la tarde, se debatió entre que era el hombre más valiente del mundo o el más insensato. Una y otra vez veía a él y a otros vaqueros ponerse delante del toro y salir indemnes de tan demencial osadía.

Varias horas después, el hermano de Kaylee se consagraba como el afortunado ganador de aquella locura, y Anastasia no tuvo más remedio que admitir que había sido la tarde más emocionante de su vida.

–Ha llegado el momento de ir a buscar a mi hermano. ¿Volveremos a vernos en el siguiente rodeo? –le preguntó Kaylee.

–No lo sé –respondió Anastasia–. ¿Será aquí también?

–No. Es en Anaheim, la próxima semana.

No estaba segura de dónde estaría ella en una semana. Brant le había prometido que la llevaría con él, pero no había habido explicaciones y ella ni se había molestado en pedírselas.

De pronto, se sintió realmente insegura de la decisión que había tomado. Era una locura. Allí estaba, con un tipo al que apenas conocía.

Pero, antes de que el pensamiento tomara forma de gravedad, una mano se posó sobre su hombro captando su atención.

Ella sintió un escalofrío al oír aquella voz profunda y masculina. Se volvió para encontrarse con aquellos increíbles ojos azules. Sintió una agradable sensación de protección. No tenía pruebas fundadas de que Brant fuera de fiar; sin embargo, su mirada hablaba de integridad y se había comportado como un auténtico caballero con ella desde el primer momento.

–Hola, Brant –dijo Kaylee.

–Hola, Kaylee –respondió él, dándole un pequeño golpecito en el sombrero como un gesto afectivo–. ¿Cómo está mi chica favorita hoy?

–Contenta porque mi hermano ha ganado –dijo ella. Se volvió hacia Anastasia–. Bueno, espero que nos veamos en Anaheim.

–Quizás –respondió ella.

En cuanto la chica se alejó, Brant condujo a Anastasia al montacargas.

–¿Adónde vamos? –preguntó ella.

–Vamos a salir por la puerta trasera. No quiero correr riesgos. Igual ese Elsworth esté esperando ahí fuera.

Anastasia negó con la cabeza.

–Jamás me buscaría aquí.

–¿Por qué?

–Porque a él no le gustan los rodeos y siempre ha asumido que lo que no le gusta a él no me podía gustar a mí. No considera que yo tenga criterio propio.

–¿Y te gusta o no?

Ella se quedó pensativa unos segundos antes de responder.

–La verdad es que no estoy segura –lo miró–. Tengo que admitir que ha habido un par de ocasiones en que me has preocupado realmente.

–¿Por qué?

–Porque tenía la sensación de que uno de esos toros te iba a alcanzar.

Una cálida sensación invadió el pecho de Brant, pero la ignoró. Por lo que había visto hasta entonces, Anastasia era una persona amable y, probablemente, le dolía ver sufrir a cualquiera. Posiblemente habría sentido lo mismo respecto a todos los vaqueros que habían participado en el rodeo.

Antes de que pudiera analizar por qué aquel pensamiento le resultaba tan decepcionante, el ascensor llegó a su destino.

–Supongo que debería habértelo preguntado antes pero, ¿adónde vamos?

Él notó que ella no paraba de girar el anillo que llevaba en el dedo.

–Tomaremos un vuelo hasta Denver, donde he dejado mi coche. Luego pasaremos la noche allí y partiremos para mi rancho al día siguiente.

–¿Por qué no volamos hasta Cheyenne o Casper o algún aeropuerto cercano a tu rancho?

–Porque al venir hacia aquí no encontré billetes y tuve que conducir hasta Denver. Una vez que lleguemos allí, alquilaremos dos habitaciones. Una vez en Denver iremos a comprarte más ropa –respondió él con la esperanza de que la referencia a los dos dormitorios la tranquilizara.

–Me molesta que tengas que gastarte el dinero en mí. Querría que fueras haciendo una lista de gastos para pasársela a mi abuela cuando regrese.

–El dinero no me preocupa –dijo él.

Al llegar al aeropuerto, pagó al taxista y ayudó a Anastasia a salir. Se dirigieron al mostrador, donde, tras comprobar que no quedaba otro asiento en primera clase, cambió el suyo a segunda.

–¿Siempre viajas en primera? –le preguntó ella.

–Cuando puedo sí. Los asientos están más separados y me permite estirar la pierna que tengo mala.

–Deberías haberte quedado con tu billete. Quizás te lo puedan

volver a cambiar, y yo…

Algo la dejó sin habla.

–¿Qué sucede?

Ella se quedó en silencio, como atónita, durante unos segundos.

–¿Annie?

–Creo que he visto a Patrick –dijo ella en un susurro–. Estaba enseñándole mi foto a los empleados de aquel mostrador.

Brant se volvió rápidamente.

–Ése de allí, ¿verdad? –preguntó y vio cómo el pánico invadía los ojos de ella–. No te preocupes. Te doy mi palabra de que no te va a tocar. Dame tus gafas.

–¿Qué está haciendo ahora?

–No te vuelvas –dijo Brant mientras se guardaba las gafas en el bolsillo.

La tomó del brazo y se encaminó al control de acceso a las salas de espera. Una vez pasaran aquel punto, Elsworth no podría seguirlos sin tarjeta de embarque.

Dejó las llaves y el billetero sobre la cinta transportadora del escáner y pasó bajo el detector de metales.

Justo antes de que su acompañante hubiera superado el detector, una voz la llamó desde atrás.

–Anastasia.

Al oír su nombre, ella se volvió automáticamente.

–¡Dios santo, me ha encontrado!

Brant se metió las llaves y la cartera en el bolsillo.

–Actúa como si no lo conocieras. No le van a permitir el acceso a esta zona si no lleva tarjeta de embarque.

A toda prisa desaparecieron de la vista del criminal, hasta llegar a un lugar tranquilo donde Anastasia se dejó caer sobre una silla.

–¿Cómo me he metido en esto? –dijo con desesperación.

Brant se sentó a su lado.

–Todo va a ir bien, Annie. Te doy mi palabra de que Elsworth no te tocará –tomó su rostro entre las manos–. Y cuando yo doy mi palabra la cumplo, cueste lo que cueste.

Ella sonrió levemente.

–Voy a por un poco de café –añadió él–. ¿Te traigo una taza?

Anastasia negó con la cabeza.

No le cabía duda de que Brant era sincero, que jamás permitiría

que Patrick le hiciera daño.

El problema era que no estaba convencida de que estar a su lado fuera demasiado seguro tampoco. Porque aquel hombre provocaba en ella emociones desconocidas. Cada vez que la miraba con aquellos increíbles ojos azules, sentía un intenso cosquilleo en el estómago y un inesperado calor en zonas inconfesables.

Apartó de su mente todos aquellos pensamientos sin sentido. ¿Qué le estaba sucediendo? Ella no era el tipo de mujer que sentía cosas como aquellas por nadie. Era calmada, estable y algo fría.

Pero, ¿y Annie Deveraux?

Annie Deveraux era la que había entrado en la habitación de un desconocido por la ventana, había pasado la noche en su dormitorio y ahora se dirigía con él no sabía adónde.

Tragó saliva. Estaba empezando a preguntarse qué le estaba sucediendo. Siempre se había creído feliz con la vida que le había proporcionado su abuela.

Sin embargo, tenía que reconocer que en las últimas veinticuatro horas había disfrutado más que en toda su existencia y se había sentido realmente viva por primera vez.

Brant empujó ligeramente el ala de su sombrero hacia arriba y miró a la cabeza de mujer que tenía apoyada sobre el hombro.

No habían hecho más que despegar, cuando ella se había quedado profundamente dormida.

Respiró profundamente y notó el suave aroma a hierbas que desprendía el cabello de su acompañante. Tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para no acariciar aquellos mechones rubios.

Los labios suaves de Ana se entreabrieron dejando escapar un suspiro. El deseo de besarla se hizo entonces casi incontrolable. Aquel pensamiento lo había tenido atado a su asiento mirandola como un necio desde el principio del viaje.

¿Qué demonios le sucedía? ¿No había aprendido en su momento que las cosas jamás podrían funcionar entre él y una mujer como Ana?

Su experiencia databa de sus épocas de universidad, cuando pensaba que una chica bien de ciudad y un chico rudo del campo podían superar sus diferencias y vivir felices para siempre.

Pero, a la luz de los años y la distancia, veía la pareja casi

ridícula que él y Daphne habían formado.

Se habían conocido en una clase de crítica de arte en la universidad de Wyoming. Él había necesitado créditos en una asignatura de humanidades y aquél era el tipo de temas que le gustaban a ella. Nunca había entendido por qué Daphne Elizabeth Morrison–Smith había decidido atender a una universidad pública, en lugar de a la Ivy League cercana a su casa, en la que uno de los edificios llevaba el nombre de su abuelo.

Por aquel entonces no le había preocupado aquel pequeño detalle.

Simplemente, había mirado a aquella muchacha pelirroja y se había enamorado locamente de ella. Y estaba seguro de que ella también lo había amado, al menos tanto como era capaz de amar.

Por desgracia, el amor no había sido suficiente para superar sus diferencias.

Al principio, ella había accedido a ponerse vaqueros y un sombrero y había ido a los primeros rodeos con él. Pero pronto le había pedido que cambiara su atuendo de vaquero por un esmoquin, y lo había llevado a la ópera y al teatro.

Pero no había funcionado. Él se sentía completamente extraño con los estirados amigos de Daphne, y pronto había descubierto que tratar de ser quien no era le provocaba una profunda infelicidad.

Se habían separado sin dramas ni enfrentamientos, como amigos. Pero la experiencia le había servido para aprender que la gente debe aceptar quién es y no tratar estúpidamente de agradar a otros en contra de uno mismo.

La advertencia de que se pusiera el cinturón de seguridad lo sacó de su ensimismamiento.

Estaban a punto de aterrizar.

–Annie –dijo él suavemente, tocando el hombro de su acompañante.

–Mmmm –se apretó contra él y sonrió.

Brant sintió su instinto protector agudizarse. Nunca antes había visto un rostro tan encantador.

Al levantar la cabeza, Anastasia se dio cuenta de que había usado su hombro como almohada, y se ruborizó.

–¿Cuánto tiempo llevo dormida?

–Creo que el mismo que volando –se rió él.

–Lo siento –dijo ella peinándose con los dedos.

Brant se quedó fascinado con el movimiento.

–¿Por qué dices «lo siento»?

–Te he arrugado la camisa.

–No te preocupes por eso –dijo él, sacándose las gafas del bolsillo.

Ella se las puso y miró por la ventanilla.

–No había estado tan al oeste del país desde que era una niña.

El comentario le recordó que por mucho que le fascinara aquella mujer o lo reconfortante que fuera tenerla cerca, no tenían nada en común y pertenecían a mundos diferentes.

–Es un lugar muy diferente al que tú conoces. Aquí hay grandes distancias entre unas ciudades y otras, y los núcleos de población son, en general, pequeños.

–También hay ciudades pequeñas en Illinois –respondió ella antes de que se dispusieran a salir del avión.

Una vez en el pasillo, Brant la tomó de la mano para evitar que la multitud la arrastrara y la separara de él.

Pero, al notar las pequeñas heridas que la caída dentro de su balcón le había provocado, recordó el motivo de su viaje. Estaba allí para huir de un hombre que la quería dañar, no para darle el visto bueno a su lugar natal.

–Bear Creek es la ciudad más cercana a Lonetree, mi rancho. Está a unos diez kilómetros –le contó él, mientras esperaban su equipaje–. Allí es donde tenemos la escuela, la iglesia, el bar, la tienda y la gasolinera.

–¿Y la oficina de correos?

–En la tienda también.

–Suena encantador –dijo ella con una amplia sonrisa.

Él se rió y agitó la cabeza.

–He oído a mucha gente llamar a Bear Creek muchas cosas, desde ridícula a insignificante, pero nunca nadie ha dicho que es «encantadora».

Brant vio desde la ventana del recibidor del motel a Anastasia, que esperaba pacientemente en su coche a que él regresara con la llave de su habitación.

El único problema era que su llave y la de ella eran la misma.

Se metió la billetera en el bolsillo del pantalón y se encaminó hacia el vehículo.

Abrió la puerta y se sentó ante el volante.

–Hay un pequeño contratiempo –dijo él–. Sólo queda una habitación disponible.

Ella se volvió a mirarlo calmadamente.

–¿Con cuantas camas?

–Dos.

–Está bien –dijo ella, sorprendiéndolo.

Él salió del coche y dio la vuelta para abrirle la puerta.

–¿No te importa?

–Estoy demasiado cansada para que me importe. Además, sé que eres de fiar.

De camino hacia la habitación se puso a analizar cómo le había hecho sentir aquel comentario y, aunque reconocía que le satisfacía su confianza, le molestaba que lo considerara tan inofensivo. ¡Él era un hombre con una enorme y saludable debilidad por las mujeres Y además cuanto más tiempo pasaba con ella, más le gustaba.

–¿Te quieres duchar primero? –le preguntó Anastasia en cuanto él cerró la puerta con llave.

–Pasa tú –él puso la bolsa sobre la mesa y, al volverse, se la encontró mirándolo expectante.

–¿Qué sucede?

–Necesito mi falda y mi blusa –dijo ella

–¿Para qué?

–Es lo más cercano que tengo a un camisón.

Él abrió la cremallera de la bolsa de viaje y lo sacó.

–Aquí lo tienes.

Pero al entregárselo, una sexy pieza de lencería se deslizó hasta el suelo, quedando impúdicamente expuesta. Al parecer Annie tenía cierta pasión por la ropa interior sugerente.

Él sintió un repentino calor y empezó a sudar.

Su cuerpo se tensó en ciertas zonas clave.

–Si no te importa, me daré yo primero la ducha –se inclinó, agarró la delicada pieza y se la puso en las manos.

Sin detenerse a buscar ropa limpia, optó por agarrar toda la bolsa y se metió en el baño.

A los pocos segundos ya estaba bajo el chorro de agua fría.

Anastasia se quedó mirando a la puerta recién cerrada del baño, con las mejillas ardiendo de rubor y la prenda en la mano.

Brant había descubierto el secreto que Annie tan celosamente había guardado siempre: le fascinaba la lencería fina.

Había empezado a usarla cuando estaba en la universidad como una forma de rebeldía contra su abuela. Nadie podía imaginarse que debajo de aquella ropa ancha y sosa había ropa interior tan pequeña y coqueta.

La sorpresa en los ojos de Brant había sido elocuente.

Anastasia se cubrió la boca con la mano para evitar la explosión de una carcajada.

Brant había aprendido que no todo es lo que parece y que una mosquita muerta como ella también tenía sus pequeños secretos.

Capítulo Cinco

A la mañana siguiente, Anastasia se despertó con los suaves ronquidos de Brant.

Se volvió a mirarlo y notó que tenía el pelo ligeramente húmedo y una leve tonalidad gris por la barba crecida durante la noche le oscurecía el rostro..

Pero, lejos de perjudicarle, lo favorecía. Estaba más sexy de lo que jamás lo había visto.

Era un hombre sin duda muy guapo, el más guapo que había conocido, e iba a pasar las próximas semanas junto a él yendo a no sabía dónde.

Siguió observándolo hasta reparar en su torso desnudo.

La noche anterior, al salir de la ducha, lo había hecho completamente vestido.

Se había metido en la cama algo tembloroso y se había cubierto con las sábanas.

Pero debía de haberse quitado la parte de arriba durante la noche.

Mientras observaba la musculatura de sus pectorales sintió que el estómago se le encogía y que los labios se le secaban al recordar la sensación de la proximidad de su cuerpo.

¿Cómo sería amar a un hombre como Brant, acariciar su piel y sentir sus manos cálidas? Una inquietante sensación se despertó en su bajo vientre.

–Ya está –murmuró y, apartando las sábanas, se levantó lentamente.

Aquella dermis suave y perfecta era tan atrayente como un canto de sirena. Lo mejor que podía hacer era taparlo antes de cometer alguna estupidez imperdonable.

Pero, al acercarse a él, Brant la agarró de la muñeca. Anastasia perdió la estabilidad y cayó encima de él con un pequeño grito.

–¿Qué es lo que «ya está»? –le preguntó él con ese sensual tono de barítono. El sonido de su voz le provocó un escalofrío.

Anastasia ya no podía pensar claramente.

–¿Qué?

La empujó suavemente, hasta acabar tumbada sobre la cama con él inclinado ligeramente sobre ella.

–Has dicho «ya está» antes de acercarte a mí. ¿Qué querías decir?

No podía contarle que había estado admirando su cuerpo perfecto y que se había estado preguntando qué se sentiría tocándolo.

–Yo… no me acuerdo.

–Mentirosa –dijo él suavemente–. Estabas mirándome el pecho como un perro hambriento.

–¿Estabas observándome? –le preguntó ella.

–Sí, corazón. No ha habido ni un solo movimiento que hayas hecho desde anoche en el que no haya reparado.

Ella sintió que el corazón se le aceleraba.

–¿De verdad?

Él asintió.

–¿Sabes lo dulces que estás cuando duermes?

–¿Me estabas mirando?

–Igual que tú me mirabas a mí –su sonrisa le provocó un revoloteo de mariposas en el estómago.

No podía ser. No podía estar teniendo el tipo de pensamientos que ella tenía respecto a él. No era la clase de mujer que alimentaba las fantasías de los hombres.

–Sólo quería taparte –dijo ella–. Anoche parecías tener frío cuando te metiste en la cama.

Él soltó una carcajada.

–¿Sabes por qué tenía tanto frío?

–No.

Él deslizó un dedo por su mejilla hasta sus labios.

–Porque había pasado diez minutos bajo la ducha fría.

¿Estaba diciéndole que se había excitado por ella?

El corazón se le aceleró.

–¿Por qué?

Él sonrió.

–Ése es el efecto que tiene la lencería fina en algunos hombres.

–¿De verdad?

–Casi me provocas una crisis coronaria –dijo él.

–¿Yo? –seguro que había oído mal.

El brillo de sus ojos y su gesto de asentimiento confirmaron que había entendido bien.

–Y estás provocándome el mismo efecto esta mañana.

–¿Tu corazón… se ha alterado?

–Entre otras cosas –tomó su rostro entre las manos–. Ayer me dijiste que sabías que era de fiar.

–Sí –dijo ella con claras dificultades para hablar.

–Sólo quiero que sepas que, aunque soy de fiar, no por eso dejo de ser un hombre, que siente las mismas tentaciones que cualquier otro –su cabeza descendió suavemente–. Y en este instante me estás tentando de un modo irresistible.

–Me resulta difícil creerlo –susurró Anastasia.

–Pues es la verdad –respondió él, con los labios rozando casi los de ella–. Si quieres te lo demuestro.

Ella no pudo resistirse.

–Por favor, hazlo.

Él sonrió.

–Será un placer.

Brant la besó. Anastasia cerró los ojos y deslizó las manos sobre sus hombros firmes.

Sus labios se movían lentamente sobre los de ella provocándole sensaciones deliciosas. No podía detenerlo.

Su lengua se abrió paso en la cavidad carnosa y ella respondió permitiéndole la entrada.

El besó despertó dentro de ella una llama feroz que comenzó a consumirla por dentro.

Brant la apretó contra su cuerpo y le sacó la camisa de la falda. Levantó la prenda y comenzó a acariciarle los pechos.

Al tomar en sus manos un seno el corazón se le detuvo. Le resultaba difícil respirar.

–¿Sabes lo dulces que eres, Annie? –le dijo.

Ella negó con la cabeza.

Las sensaciones que le causaba Brant amenazaban con consumirla por completo por dentro.

Pero cuando él retiró la copa del sostén para atrapar su pezón entre los labios, ella se tensó. Tan intenso era el calor que le

provocaba, tan desconocidas las sensaciones, que se apartó de él bruscamente.

–Por favor, para.

Él levantó el rostro y la miró durante unos segundos.

–Annie, yo… Lo siento, no quería que las cosas llegaran tan lejos –se dio la vuelta y ocultó la cara entre las manos.

Ella se sintió como si la hubieran metido en un barril lleno de agua fría. Por supuesto que no había querido llegar hasta allí. Ella no era el tipo de mujer que un hombre como Brant deseaba.

Él estaba de espaldas. Pero podía imaginarse el disgusto que expresaba su rostro.

Respiró profundamente tratando de superar su propia decepción.

–No te preocupes. Sé que no soy el tipo de mujer sobre el que los hombres fantasean.

Agarró su pantalón y su camisa y se encaminó hacia el baño. Pero la mano de Brant la detuvo y ella se volvió a mirarlo. ¿Cómo se había puesto de pie tan deprisa?

–¿De dónde demonios has sacado esa idea? –le preguntó él.

–Puede que lleve gafas, pero no estoy ciega. Sé que mi pelo parece paja tiesa y que mis facciones son… vulgares –se encogió de hombres–. No hay nada de especial en mí.

Él abrió los ojos para enfatizar su sorpresa.

–No sé en qué espejo te miras, pero sin duda no te da el reflejo real.

–¿Qué quieres decir?

–Tu pelo es una maravilla, parece seda –dijo él, acariciándole los mechones rubios. Sonrió y la tomó de la barbilla–. Tus ojos parecen dos esmeraldas y tus labios tienen una forma perfecta –él sonrió–. Y me han parecido absolutamente deliciosos las dos veces que te he besado.

A Anastasia se le aceleró el corazón.

–¿De verdad?

Él asintió y se quedó mirándola fijamente.

–Ahora cámbiate de ropa para que salgamos cuanto antes de aquí o puede que la tentación sea demasiado fuerte. Puede que se me olvide que estoy haciendo el papel del caballero en el que se puede confiar. Porque, en verdad, lo único que realmente me gustaría sería tumbarte en esa cama, besarte y… –su sonrisa le

provocó a Anastasia un fuerte calor interior–. Más, mucho más…

Mientras se alejaban de Denver, Anastasia iba en el asiento del pasajero mirando las bolsas con las compras que habían realizado en el centro comercial.

Cuando levantó la bolsa de «Sleek y Sassy Lady, Lencería», él apartó la mirada. Aquélla había sido la única tienda a la que no había entrado con ella. Sólo pensar en su elección de ropa interior lo hacía sudar y traía a su mente fantasías en las que siempre acababa por quitarle todo cuanto la cubría.

Brant agarró el volante con fuerza y se maldijo por su falta de contención. No entendía por qué se había comportado como un necio la noche anterior al ver caer aquella pieza de lencería en el suelo. Menos aún, cómo había perdido el control tomándola en sus brazos aquella mañana. Pero los labios de Annie eran demasiado dulces y temía que podía aficionarse a ellos.

Se concentró en respirar profundamente durante unos segundos. Diez años atrás, hizo la promesa de mantenerse apartado de mujeres como ella. No tenía nada en común.

Aunque algo en el fondo de su pensamiento le decía que Anastasia no era como Daphne. Lo que más le perturbaba era la profunda esperanza de que eso fuera así.

–¿Qué tal con las lentes de contacto? ¿Te está costando acostumbrarte? –le preguntó él, en un esfuerzo por apartar su pensamiento de la dirección que estaba tomando.

–La verdad es que son estupendas –dijo ella realmente feliz–. Te agradezco que me lo sugirieras.

Brant sintió una reconfortante sensación. Hacerla feliz le gustaba, quizás demasiado.

Se aclaró la garganta y continuó con la conversación.

–¿Tienes todo lo que necesitas para la semana que viene?

Ella dejó las bolsas a sus pies.

–Se me ha olvidado comprar un camisón.

–Si quieres, podemos parar en Cheyenne –dijo él, tratando de no pensar en el tipo de prenda que usaría para dormir.

Ella se quedó en silencio unos segundos.

–No quiero que te gastes más dinero.

Él se rió.

–Eso no es un problema.

–No haces más que decirme eso –hizo una pausa–. No tendrás una camiseta vieja que me pueda poner y ya está, ¿verdad?

La idea le provocó una inquietante sensación. Por alguna razón, le gustaba más de lo que debía.

–Por mí no hay problema. Pero, ¿estás segura de que no quieres que paremos en Cheyenne?

Ella asintió.

–Estoy segura. Así no tendrás que gastarte más.

Él empezaba a cansarse de aquella constante preocupación.

–Annie, ésta es la última vez que hablamos de esto. Puedo pagar sin problemas toda la ropa que te quieras comprar.

–A pesar de todo, pienso pagarte en cuanto llegue a casa.

Él dio un volantazo y salió de la carretera. Buscó un lugar adecuado y detuvo el motor.

–Que quede claro: no vas a devolverme nada. Yo te he regalado todo eso y punto.

Ella lo miró unos segundos, hasta que acabó por darse por vencida.

–De acuerdo. Lo que tú digas.

–Bien. Y ahora, prosigamos nuestro camino. Me gustaría llegar a Lonetree antes de que se haga de noche.

Volvió a la carretera, sin dejar de pensar en la insistencia de Annie en devolverle el dinero. ¿Es que acaso pensaba que no tenía suficiente sólo porque prefería vestir con vaqueros?

Le habría gustado decirle que su cuenta del banco contaba con seis ceros mágicos.

Pero le molestaba la idea de que eso pudiera tener tanta importancia cuando para él no la tenía. Trabajaba duro y continuamente porque era el tipo de vida que le gustaba. Nada lo haría ser de otro modo.

Se concentró en la carretera, tratando de ignorar la decepción que sentía y el nudo que se le había formado en el estómago. ¿Acaso sus instintos se habían equivocado y Annie resultaría ser tan materialista como Daphne?

Anastasia no tenía ni idea de por qué Brant insistía tanto en no permitir que le reembolsara el dinero. Acabó concluyendo que sería

una de esas cosas que tenían que ver con el ego masculino y prefirió no indagar más.

Pero si algo había heredado de su abuela, era la cabezonería para ciertos asuntos. Lo quisiera o no, cuando regresara a casa, estaba dispuesta a devolverle cuanto se hubiera gastado. Brant Wakefield no había ganado aquella batalla.

Una vez tomada aquella decisión, se centró en admirar el paisaje.

–Esto es realmente precioso –advirtió ella.

–¿Nunca habías visto las Rockies? –preguntó él.

Ella negó con la cabeza.

–Mi padre y mi madre me trajeron de camping aquí cuando era niña, pero era muy pequeña y no me acuerdo de nada –Anastasia sintió un profundo dolor al recordar a sus padres–. Desde la muerte de mis padres, mi abuela apenas me ha permitido viajar.

–Recuerdo que me dijiste que tus padres habían tenido un accidente –le acarició suavemente la mano con el pulgar–. Yo perdí a mi madre justo después de que Colt naciera. Mi padre murió diez años más tarde.

–¿Cuántos años tenías tú? –le preguntó ella suavemente.

–Seis cuando mi madre murió y casi diecisiete cuando lo hizo mi padre –se acercó la mano a los labios para besársela–. Al menos me quedé con Morgan y Colt.

Ella siempre había deseado un hermano o una hermana.

–Estáis muy unidos, ¿verdad?

Él asintió.

–Discutimos, como todos los hermanos. Pero no hay nada que no haríamos por ayudarnos. Sabemos que cuando necesitamos algo, sólo tenemos que decírselo a los otros dos.

–Eso debe de ser muy reconfortante.

Se hizo un agradable silencio hasta que llegaron a la entrada del rancho Lonetree.

–Acabamos de cruzar los límites de mis dominios.

Anastasia miró de un lado a otro. No veía ninguna casa.

–¿A cuánta distancia está tu casa de la carretera principal?

–A unos doce kilómetros –dijo él con una sonrisa satisfecha, al ver la expresión de sus ojos.

–Brant, ¿qué extensión tiene este rancho?

–Algo más de seis millones de hectáreas.

–¡Ésa es mucha tierra!

Después de un largo rato por carretera, se detuvo en la cima de una pequeña montaña y señaló al fondo del valle.

–Ahí está el cuartel general del rancho.

Anastasia se quedó atónita. Era una de las casas más grandes y bonitas que jamás había visto.

–¡Cielo santo, Brant! ¡Es preciosa!

–¿De verdad te gusta? –preguntó él, en un tono escéptico.

Ella lo miró radiante.

–Me encanta. ¿Desde cuándo ha vivido tu familia en Lonetree?

–Este verano hace ciento cincuenta años –arrancó de nuevo y se fue aproximando hasta la entrada.

–¿La casa se construyó en esa fecha?

–Sí. Sólo que cada generación ha ido añadiéndole algo. ¿Has visto aquella sección del porche? –le preguntó él–. Eso lo hizo Morgan hace dos años. Allí pusimos la mesa de billar, una televisión y tres tumbonas.

–¿Tres tumbonas? –preguntó ella con una carcajada.

Él paró el coche, se soltó el cinturón e hizo lo mismo con el de ella. Luego la rodeó con sus brazos.

–Cuando uno se rompe una pierna las tumbonas resultan muy útiles –respondió él.

La sonrisa se desvaneció de los labios de Anastasia.

–¿Te rompiste una pierna?

–Sí. Y tuve un problema de ligamentos.

–¿Por los rodeos?

–El problema de ligamentos sí, pero la pierna me la rompí al caerme de un carro de heno a los trece años.

–¿Quién cuidó de ti? –preguntó ella, tocándole suavemente la mejilla.

–Mis hermanos cuando no tenían que trabajar. Pero la mayor parte del tiempo cuidé de mí mismo.

–Alguien debería haber cuidado de ti todo el tiempo –dijo ella, dolida ante la idea de un pequeño Brant solo.

Él la miró fijamente.

–¿Tú cuidarías de mí si me hiciera daño?

Ella asintió sin pensar. Pero antes de que pudiera recapacitar

sobre las implicaciones de lo que acababa de decir, él se aproximó hacia ella y la besó.

Instintivamente, ella se agarró a él y hundió los dedos en su pelo negro y espeso.

Incapaz de luchar contra lo que sentía, se relajó y se permitió disfrutar del hombre más sexy del mundo. Pero, cuando él hundió la lengua en el interior de su boca y comenzó a juguetear en su cavidad carnosa, el calor interior la revolvió por dentro.

Sin pararse a recapacitar, tomó la mano que él deslizaba sensualmente por su espalda y la llevó hasta su seno. Necesitaba sentir sus dedos insinuantes otra vez.

–¡Annie! –dijo él, mientras la acariciaba –. Eres deliciosa.

Un vehículo se detuvo junto al de ellos y, sólo segundos después, sonaron unos golpes en el cristal.

Brant se apartó lentamente de ella.

–Perdóname, corazón, pero tengo que estrangular a un hermano –se volvió y abrió la ventana–. ¿Qué quieres, Morgan?

–Siento interrumpir, pero necesito tu ayuda –dijo una voz compungida.

Desde su asiento, Anastasia no podía ver al hermano de Brant, pero parecía estar sufriendo algún tipo de dolor.

Oyó a Brant protestar y lo vio salir del coche.

–¿Cómo te has sacado el brazo esta vez? –le preguntó–. Ya sabes que odio tener que volver a colocártelo.

Anastasia asomó la cabeza y vio a Morgan Wakefield. El tercer hermano era tan guapo como los otros dos, pero un gesto amargo de dolor arrugaba su boca.

–Fui a ver a Shackey y, al subir por las escaleras del porche, se rompió uno de los peldaños y me golpeé con el poste. Te aseguro que tú no odias tanto colocarme el brazo como yo que se me salga.

–¿No deberías ir al médico? –preguntó Anastasia después de salir del coche.

–Mi hermanito se dislocó el hombro hace unos años y, en lugar de dejar que lo operaran, deja que se le salga de su sitio de vez en cuando –protestó Brant–. Colt y yo tenemos el honor de volver a colocárselo.

–Deja de protestar y date prisa que esto duele.

–¿Vamos a casa o al establo?

–Al establo –dijo Morgan y se encaminó hacia una de las construcciones más próximas.

–Será mejor que tú te quedes aquí –le dijo Brant–. No es algo agradable de ver.

Anastasia siguió con la mirada a los dos hermanos mientras se alejaban. Eran idénticos en atractivo, con unas amplias espaldas y ese aspecto robusto. Pero había algo en Brant que lo hacía diferente.

Quizás fuera su carácter simpático y fácil, y aquella sonrisa encantadora.

Después de un largo grito y algunas frases ininteligibles, Brant reapareció y se encaminó hacia ella.

–¿Tu hermano está bien? –le preguntó alarmada.

–Sí. Bueno, estará bien –Brant abrió la puerta del coche y sacó las bolsas de lo que habían comprado y el equipaje–. Será mejor que nos metamos en casa y dejemos a Morgan que se reponga solo, o vas a acabar oyendo unas cuantas cosas que pueden ofender tu sensibilidad. Bienvenida al mundo salvaje, princesa –le dijo él–. Esto es sólo el comienzo.

Capítulo Seis

Brant sujetó la puerta para darle a Anastasia paso a su casa.

Se preguntaba si le gustaría el estilo rústico de la decoración, o si empezaría a hacer sugerencias sobre cuánto mejor estaría la casa con determinados muebles o piezas de arte.

–Brant, tu casa es preciosa –dijo Anastasia realmente complacida al entrar al salón–. La chimenea es perfecta para este espacio.

En cuanto él apreció el brillo de sus ojos, pudo darse cuenta de que estaba siendo sincera.

–¿No te parece demasiado rústico?

–¡En absoluto! Es perfecta.

Brant no entendía por qué su opinión sobre la casa le parecía tan importante. Sólo sabía que sus palabras de aprecio lo reconfortaban particularmente. La tensión que inconscientemente había acumulado en los hombros pareció ceder.

–¿De quién fue la idea de hacer una mesa con una piedra y unos troncos?

–Creo que fue un acto de autodefensa –dijo él con una carcajada–. Cuando Morgan y yo éramos niños, teníamos unos camiones de juguete que nos fascinaban, pero que tenían la habilidad de dejar unas muy poco estéticas marcas sobre la mesa. Mi padre tenía que pulirla y barnizarla continuamente. Al quedarse mi madre embarazada de Colt, pensaron que con tres niños en la casa la situación iba a empeorar, así que tomaron una decisión radical y sustituyeron la mesa de madera por una indestructible.

Ella se rió.

–Es una historia maravillosa –dijo Anastasia y se quedó pensativa–. Me gustaría tener historias como ésa.

–¿Tu abuela no te dejaba jugar?

–Tenía una habitación de juegos, pero no me permitía sacar mis juguetes de allí por temor a que le estropeara sus valiosas antigüedades.

–Lo siento. Debió de ser una infancia muy solitaria, siempre

metida en una habitación.

–En realidad prefería estar allí que en el mausoleo que era aquella enorme casa.

Él se rió.

–¿Tan terrible era? –preguntó él, abrazándola.

–Sí, la verdad es que sí. Los muebles eran oscuros y tenebrosos –miró la habitación de arriba abajo–. Muy distinta a esta casa. Se siente cálida y amigable. Es como la familia que vive aquí. La de mi abuela parecía más bien un museo victoriano.

Brant no sabía qué decir. Pero la historia de Anastasia le provocaba compasión y un fuerte deseo de protegerla.

Sus diferencias no parecían importarle y sólo deseaba permanecer así, con ella en sus brazos, sintiendo su cabeza posada sobre el hombro.

–Brant, ¿no crees que la señorita tal vez quiera que le muestres su habitación? –la voz de Morgan interrumpió sus pensamientos.

Levantó la vista y vio a su hermano apostado contra la jamba de la puerta, con el brazo en cabestrillo.

–Annie, no te he presentado a mi hermano –dijo Brant, apartándose de ella. Se inclinó y agarró las bolsas que estaban en el suelo y su bolso de viaje–. Morgan, ésta es mi amiga Annie Deveraux. Se quedará con nosotros hasta que nos vayamos a Anaheim.

–Encantado de conocerte, Annie –dijo Morgan, asintiendo con la cabeza.

–Igualmente –respondió ella con una sonrisa.

Brant señaló la escalera y Anastasia lo precedió. Pero la irritante risa de su hermano, obligó a Brant a volverse.

–Luego nos vemos en la oficina, hermanito –le dijo en un tono duro.

–Lo estoy deseando –respondió Morgan con sorna.

Dos horas más tarde, Brant se encontró con su hermano en la oficina del rancho. Morgan estaba sentado con la piernas apoyadas en el escritorio y una cerveza en la mano. Le señaló al recién llegado una botella que había sacado para él.

–¿Qué has averiguado de la heredera de Shackley? –preguntó Brant–. ¿Los abogados la han encontrado ya?

Morgan frunció el ceño.

–Sí y no. Han encontrado a la hija de Tug, pero en un cementerio.

–Entonces, ¿qué va a suceder con el rancho? ¿Vamos a poder comprarlo o la ley obliga a subastarlo?

–De momento no se sabe.

Brant resopló frustrado. Había veces que obtener información de su hermano era harto laborioso.

–Supongo que habrá alguna razón para que no podamos comprarlo.

Morgan asintió.

–La hija de Tug tenía una hija.

–¿Y la hija no quiere vender?

–No se sabe, porque no pueden encontrarla. Lo único que se sabe es que está en algún lugar entre Seattle y San Diego. Hasta que no sepamos nada, tendré que seguir cuidando de la propiedad sin que podamos explotarla. Pero ya hemos hablado de esto. Cuéntame, ¿qué tal lo hizo Colt en San Luis?

–Quedó el tercero. Algo es algo.

–¿Y consiguió salir ileso esta vez?

–No del todo. Se propinó un buen golpe en la primera salida. Va a terminar con el cerebro hecho «papilla».

–Empiezo a dudar de que tenga cerebro.

Los dos hermanos soltaron una carcajada.

–Por cierto –continuó Morgan–. ¿Dónde está nuestro hermano pequeño?

–Se ha ido a casa con Mitch Simpson. Quería ir con él a comprarle un regalo a Kaylee –Brant notó que su hermano hacía un gesto pícaro–. No me preguntes nada sobre el tema. Lo único que sé es que él dice que Kaylee no es más que una niña.

–Sí, pero las niñas crecen y Kaylee se ha convertido en una muchacha preciosa –Morgan miró fijamente a su hermano unos segundos–. Y, hablando de muchachas preciosas, ¿cuál es la historia de la guapa rubia que nos has traído?

El hecho de que Morgan encontrara atractiva a Annie le resultaba por un lado gratificante y por otro incómodo.

–Necesitaba un sitio en el que pasar la noche.

–¿Eso es todo?

–Bueno, tiene problemas –admitió Brant, y le contó las peripecias de su encuentro–. Tú no la habrías dejado allí sola, ¿verdad?

–Verdad. Pero creo que, aparte de tu necesidad poner en práctica tu espíritu de buen samaritano, hay algo más.

–¡No! –protestó Brant–. Annie viene del mismo tipo de mundo de Daphne. Y ya sabes el desastre que eso significa. Sólo estoy tratando de ayudarla.

–Lo que tú digas, hermano.

–De verdad.

–Por supuesto.

Morgan miró a su hermano con un gesto de sorna que le resultaba tremendamente inquietante a Brant.

Bien, quizás se sintiera atraído por Annie, pero eso no implicaba nada.

Brant decidió no hacerle el juego a Morgan, salió dignamente de la habitación y se encaminó hacia su dormitorio.

Lo único que quería era darse una ducha y descansar un rato.

Nada más llegar, se tumbó en la cama y se quedó, con la mirada perdida en el techo, pensando en los besos que había compartido con ella.

Besaba de un modo tímido y apasionado que estaba empezando a crearle adicción.

Su masculinidad se tensó de inmediato ante las imágenes de Annie que comenzaron a rondarle la cabeza.

De inmediato, se metió en el baño y optó por una ducha de agua fría.

Definitivamente, para cuando ella se marchara, o bien habría agarrado una pulmonía o bien se habría convertido en un maniaco con una excitación constante.

Miró la zona inferior de su cuerpo con creciente preocupación. El agua fría ya no actuaba. Definitivamente, iba a ser una excitación perpetua acompañada de una neumonía doble.

Anastasia bostezó por tercera vez, mientras observaba, a través de la ventana, las montañas lejanas.

Se había pasado la noche sin dormir, preguntándose si no había huido en compañía del hombre equivocado. Brant representaba

todo aquello que le habían enseñado a evitar: el riesgo.

Pero lo cierto era que jamás se había sentido tan viva y feliz como en los últimos tres días. Y, fuera o no lógico, se estaba dando cuenta de que se sentía más que atraída por el osado vaquero. Se estaba enamorando.

Suspiró suavemente y pasó el dedo por el cristal frío. Cada vez que la besaba despertaba en ella un deseo feroz de mucho más. Quería sentir su piel masculina apretándose virilmente contra su cuerpo de mujer.

No tenía sentido negarlo: deseaba desesperadamente a aquel hombre.

Quería conocer la sensación de tener su cuerpo contra el de ella, dulce y apasionado.

–¿En qué estás pensando? –preguntó Brant, acercándose a ella.

Anastasia tuvo que contener una risa nerviosa. ¡Si hubiera podido adivinar su pensamiento!

–En nada –respondió con una sonrisa–. Sólo estaba disfrutando de la vista.

–A mí siempre me ha gustado admirar las montañas Shirley –dijo él y la miró a los ojos con esa sonrisa embriagadora–. ¿Te gustaría salir a jugar con la nieve?

–Jamás he hecho eso. Pero suena divertido.

–¿Nunca?

Ella negó con la cabeza.

–No suele nevar con frecuencia en Illinois y, cuando lo hace, a mi abuela le asusta que me pueda enfriar si salgo.

Él le rodeó la cintura.

–Ya no eres una niña pequeña, así que puedes hacer lo que quieras.

Anastasia sintió una extraña e inesperada congoja.

–Gracias –dijo emocionada.

–¿Por qué?

–Por dejarme ser como quiera.

–Me gusta que seas como eres.

Tan pronto como sus labios se posaron sobre los de ella, Anastasia sintió la ya familiar y reconfortante sensación que se extendía por su cuerpo cuando la besaba.

Cuando su lengua se deslizó por entre la breve abertura de sus

labios, su deseo se convirtió en un río cálido que fluyó por entre sus piernas como lava ardiendo.

Brant deslizó las manos hasta su cintura y la empujó suavemente hasta que su pelvis rozó la dureza de su masculinidad pujante. Ella se abrazó a su cuello y se abandonó al más peligroso de los placeres: disfrutar de los besos de un hombre como aquél. Cuando estaba con él la tímida y retraída Anastasia se transformaba en una hembra hambrienta y seductora.

Aquel pensamiento la contrarió y se apartó de él asustada.

–Yo… lo siento mucho –le dijo, con la voz entrecortada.

–Corazón, jamás te disculpes por besarme así –dijo Brant. Comprendiendo que ella necesitaba tiempo para asimilar aquella novedosa parte de sí, se alejó ligeramente –. ¿Qué me dices? ¿Quieres que salgamos a jugar?

Ella respiró profundamente sin poder apartar la mirada de aquellos profundos ojos azules.

–Sí –dijo con una sonrisa–. ¿Vamos a hacer un muñeco de nieve?

Él se rió.

–Lo haremos cuando regresemos.

–¿Adónde vamos?

–Ya lo verás –dijo, besándole suavemente la frente–. Corre a por unos guantes y unas gafas, mientras yo voy a por unos anoraks y unos gorros.

Brant se quedó al pie de la escalera observando a Anastasia mientras subía.

Al darse la vuelta, se encontró a Morgan con una amplia sonrisa en los labios.

–¿Qué miras? –dijo, irritado.

–Así que sólo sois amigos, ¿eh?

–Sí.

Morgan soltó una sonora carcajada.

–Sigue diciendo eso si quieres, pero creo que las acciones te contradicen.

Brant estaba acostumbrado a las bromas de su hermano. Pero en aquella ocasión el comentario estaba tan cerca de la realidad que le resultó inquietante.

–Te crees muy listo, ¿verdad?

–Lo suficiente como para saber juzgar lo que veo –dijo Morgan–.

Creo que vas a tener que empezar a decidir quién va a ser el padrino de la boda, Colt o yo.

–Pues yo creo que aparte de golpearte el hombro, debiste de golpearte la cabeza ayer –dijo Brant furioso.

–Bueno, tú házmelo saber con tiempo suficiente para cortarme el pelo –insistió Morgan y se encaminó hacia la puerta.

–¡Piérdete! –le dijo y se encaminó hacia el perchero de la entrada, donde estaban los abrigos.

Anastasia comenzó a bajar la escalera.

–Aquí tienes –le dijo cuando llegó abajo–. Vamos a estar fuera un par de horas y no quiero que pases frío. ¿Tienes las gafas de sol?

–Sí, aquí las tengo. Supongo que es para impedir que nos ciegue el resplandor de la nieve.

–Sí –dijo él poniéndose sus propias gafas y agarrando unas mantas–. En cuanto ensillemos a Dancer estaremos listos.

–¿Dancer?

–Mi caballo.

–Nunca he cabalgado.

Brant sonrió.

–Bueno, tampoco has jugado con la nieve y eso no te impide hacerlo.

Los ojos de Anastasia se iluminaron.

–No, claro que no –se puso las gafas claramente feliz–. Hoy va a ser un día de experiencias nuevas.

Diez minutos después, Brant colocó una de las mantas encima de Dancer.

–¿Lista?

–Yo… –Anastasia miró con cierta aprensión al equino–. Sí, pero, ¿cómo me voy a subir ahí?

–Así.

Él la tomó de la cintura y la alzó sin problemas.

–¡Cielo santo! No puedo creerme que esté haciendo esto –dijo ella con una risa nerviosa.

–Relájate –le dijo él y tomó las riendas para montarse justo detrás de ella–. Ahora cúbrete con esta otra manta para mantener el calor.

Ella siguió escrupulosamente sus órdenes.

–¿Hay algo que se suponga que yo deba hacer?

–Disfrutar del paseo, eso es todo.

Pero, en el momento en que su pequeño trasero entró en contacto con su virilidad, él no pudo evitar la excitación.

Agitó la riendas con la esperanza de que el paseo disipara sus cálidos pensamientos y Dancer se puso a trotar suavemente.

–¡Estoy montando a caballo! –se rió Anastasia entusiasmada.

–Claro –dijo él, besándole cuello–. ¿Estás cómoda?

Ella se apretó aún más contra él.

–Ahora lo estoy.

Brant sintió que el corazón se le aceleraba. Tener el cuerpo de Anastasia tan cerca alteraba todo sus sistema hormonal. Las palmas de las manos se le pusieron sudorosas dentro de los guantes térmicos. ¡Maldición! Todavía no habían recorrido ni cien metros y ya estaba excitado como un demonio.

Había decidido montar sin silla para que el calor de Dancer los ayudara a no congelarse, pero no se le había ocurrido pensar en que el contacto del cuerpo de Annie le provocaría.

Cabalgaron en silencio por la pradera hasta alcanzar una pequeña carretera. El aire era helador, pero el sol brillaba intensamente.

–Brant, esto es absolutamente maravilloso.

–Deberías verlo en primavera.

–Me encantaría –dijo Anastasia con total sinceridad.

Aquel comentario le provocó a Brant una cálida y reconfortante sensación. Pero la ignoró. No podía dejarse embaucar por un simple comentario dicho al azar. Sabía que una mujer como Annie no podría vivir satisfecha en un lugar como aquél .

Después de recorrer cinco kilómetros, llegaron a un hermoso paraje desde el que se divisaba un valle.

–Por favor, detén el caballo un rato –dijo ella.

–¿Estás bien? –le preguntó él alarmado.

–Sí, claro que sí. Sólo que me gustaría poder admirar el paisaje –se quitó las gafas y observó el valle–. Éste sería el sitio perfecto para una casa.

Brant se estremeció.

–Eso es exactamente lo que pensaba hacer, construir una casa aquí.

–¿De verdad?

Él asintió.

–Pensaba construir la casa aquí y los establos en aquella zona y criar caballos que puedan pastar en la zona oeste.

–Sin duda es el lugar ideal. Pero tendría que ser una casa especial –dijo ella. Él se preparó. Ahí venía la decepción. Hablaría de una casa moderna, de ladrillo, más propia de un complejo de golf que de un rancho–. Tendría que ser una casa de troncos –dijo ella sorprendiéndolo–. Con un montón de ventanas dando al lado oeste, para poder ver el atardecer. La habitación principal también debería dar a ese lado y tener un balcón desde el que ver los crepúsculos de verano.

Brant tragó saliva. Algo le oprimía el pecho y una cálida sensación invadió cada célula de su cuerpo. Su idea era, exactamente, lo que él siempre había imaginado.

–Eres realmente increíble, corazón –le dijo él.

–¿Yo?

–Sí, tú –se rió, la apretó contra él y le besó la frente–. Acabas de describir la casa que voy a crear.

Al darse cuenta de que Ana no compartiría con él aquel lugar le provocó un inesperado dolor. Apartó de su mente el pensamiento y la abrazó con más fuerza. Lo que importaba era que, en aquel instante, estaban allí, juntos, nada más.

Capítulo Siete

Dos mañanas después de su idílico paseo a caballo, Brant se levantó de la cama sintiéndose fatal. Le dolía la cabeza por la falta de sueño y le ardían las entrañas.

Deseaba a Annie, era tan simple como eso y, al mismo tiempo, así de complicado.

Se había pasado las tres últimas noches dando vueltas en la cama y pensando en todas las razones por las que no debía tener ningún tipo de relación con ella. Sabía que si se besaban, si se acariciaban y hacían el amor sobrevendría el desastre.

Pero su cuerpo no parecía querer atender a razones. Desde que ella había entrado en la habitación de su hotel, se había tenido que dar más duchas frías que en toda su vida. Pero, el efecto de la gélida agua no era solución alguna. Una vez superado el impacto inicial, todo volvía a un incontrolable estado de excitación.

Se encaminó a la cocina a buscar al objeto de sus deseos. Tal vez estaría allí desayunando. Pero no la encontró. Luego fue a su dormitorio, y tampoco. Tras recorrerse gran parte de la casa la halló en la oficina, sentada frente al ordenador.

–¿Qué tal estás? –le dijo Brant con una sonrisa–. Me preguntaba dónde estabas.

La sonrisa de ella le aceleró el pulso.

–Le pregunté a Morgan si podía usar el ordenador para buscar una cosa en Internet –dijo ella, mientras tecleaba un nombre.

Se aproximó a ella miró desde atrás.

–¿Qué estás buscando?

–Alguna noticia de interés en los periódicos de Fresno, California –respondió ella–. Cuando conocí a Patrick me dijo que había estado viviendo y trabajando allí antes de trasladarse a Illinois.

–¿Qué estás buscando exactamente? –preguntó él–. ¿La prueba de algún acto ilegal cometido por él?

Anastasia asintió.

–¿Hay algo que pueda hacer para ayudar? –le murmuró él

suavemente al oído.

–Pues sí, la verdad es que podrías hacer algo.

–Pídeme lo que quieras.

–¿Podrías ir a ver cómo está tu hermano? Lo encuentro un poco triste.

Brant miró al calendario que estaba sobre la mesa e, inmediatamente, cayó en la cuenta de cuál era el problema. ¿Cómo podía haberlo olvidado?

–Hoy habría sido el cumpleaños de Emily –murmuró al reconocer la fecha.

–¿Emily?

Brant asintió.

–Era su prometida.

–¿Qué ocurrió?

–Emily se mató una semana antes de su boda.

–Eso es horrible –dijo Anastasia, levantándose de la silla y abrazándose a Brant–. ¿Cuánto hace de aquello?

–En Julio hará cinco años. Pero este día es siempre muy duro. Fijaron la fecha de su matrimonio en su último cumpleaños.

–¿Por qué no pasas el día con él? –Anastasia le acarició la mejilla–. Quizás puedas ayudarlo a olvidar su pérdida.

–¿A ti no te importa?

Ella negó con la cabeza.

–No te preocupes. Yo me voy a pasar todo el día buscando información. Además, sin duda Morgan te necesita particularmente hoy.

–¿Nadie te ha dicho nunca lo especial que eres? –le dijo él, conmovido por su comprensión.

La instó a levantarse para abrazarla y la besó en los labios.

Una vez más su masculinidad se tensó e, instintivamente la agarró de las caderas y la empujó hacia sí.

Asustado por la fuerte reacción de su cuerpo, la apartó suavemente apartándose de ella. Trató desesperadamente de recordar todas las razones por las que no podía enamorarse de una mujer como Anastasia y no le vino a la memoria ni una sola.

–¿Brant? –susurró ella, con la voz llena de deseo.

–Me vas a volver loco, Annie.

–¿Yo? –lo miró incrédula.

–Sí, tú –le besó dulcemente la punta de la nariz–. Ya te dije que no soy ningún santo. Soy un hombre con apetitos de hombre y, en este instante, estoy más hambriento de lo que lo he estado en toda mi vida.

Ella se ruborizó y una chispa de deseo se encendió en sus ojos.

–Jamás he sido el tipo de mujer que…

Él posó su dedo sobre los labios de ella.

–No quiero volverte a oír decir eso de ti misma. La evidencia de que eres una mujer deseable está presionando tu pelvis ahora mismo.

Ella se mojó los labios, repentinamente secos por la impactante información.

–No hagas eso.

–¿El qué?

–Humedecerte los labios de ese modo –dijo él, mientras su cuerpo se frotaba contra el de ella–. No me ayuda tranquilizar el excitado estado de ánimo en que me encuentro.

–Lo siento.

–No digas lo siento. Simplemente, no lo vuelvas a hacer o puede que no sea capaz de mantener mi promesa.

–¿Qué promesa?

–Te dije que era de fiar. Pero esta situación está empezado a sobrepasarme –se acercó aún más a ella y le susurró al oído–. No hay nada que me pudiera gustar más en este momento que llevarte a mi habitación y hacerte el amor todo lo que queda de día y toda la noche.

Antes de que ella pudiera responder, él la besó en la frente y salió de la oficina sin mirar atrás.

Ella se dejó caer en la silla, sorprendida y desconcertada.

Brant Wakefield la deseaba, y la deseaba de verdad….

A última hora de aquella tarde Anastasia se acurrucó en el sofá con un taco de papeles obtenidos de su búsqueda en Internet.

Había encontrado en la red suficiente información como para convencer a su abuela de que denunciara a Patrick a las autoridades.

–¿Qué has conseguido? –le preguntó Brant nada más entrar.

Ella alzó la vista y lo vio delante de ella, con aquellos vaqueros

que se ajustaban a sus piernas largas y musculosas como un guante. Tragó saliva y controló sus anárquicos pensamientos, tratando de centrarse en lo que debía.

–He descubierto… –tuvo que aclararse la garganta antes de continuar–. He descubierto que Patrick fue arrestado por malversación de fondos hace siete años. Fue condenado a cinco años de prisión menor, por ser un delito de guante blanco. Al parecer, su robo no fue descubierto hasta que la anciana mujer para la que trabajaba murió y se produjo el reparto de la herencia.

–Con todo esto podrás lograr que lo investiguen –dijo Brant.

–Al menos lograré convencer a mi abuela para que pida una auditoría de sus cuentas –respondió Anastasia.

–Lo has hecho muy bien, corazón –dijo él y, tras tomar los papeles de su mano, los dejó en la mesa y la abrazó–. ¿Cómo no se te había ocurrido hacer esto antes?

–No lo sé –respondió ella dudosa; sentir el abrazo de Brant no la dejaba pensar con claridad–. La verdad es que hasta que no mencionaste lo de ir a Anaheim no caí en que quizás debiera averiguar su origen real.

–Seguro que ese desgraciado salió de la cárcel y fue directamente a Illinois en busca de otra víctima.

Ella asintió.

–Sí, probablemente fue así.

Se quedaron durante unos minutos mirando el errático movimiento del fuego en la chimenea, hasta que Anastasia rompió el silencio.

–¿Qué tal está Morgan?

–Bien –dijo Brant–. Lo he convencido para que se fuera a Laramie a ver a uno de los amigos de Colt. Jake Weston quiere que Morgan lo acompañe a ver a un caballo que necesita comprar. Jake se lo llevará después a tomar unas cervezas y, para cuando llegue a casa, lo único que querrá será dormir.

–¿Se emborrachará?

Brant soltó una carcajada.

–No. Con tres cervezas Morgan se queda dormido. Y te aseguro que es una suerte que tu habitación esté al otro extremo de la casa.

–¿Por qué?

–Porque sus ronquidos suenan como un tren de mercancías

pasando por tu dormitorio.

Ella se rió.

–¿Ronca más alto que tú?

–Yo no ronco –dijo él.

–Claro que roncas.

–No.

Antes de que ella pudiera seguir discutiendo, comenzó a hacerle cosquillas.

–¡Para! –dijo ella entre carcajadas.

–¿Qué me darás para que pare?

–Lo que pidas.

–¿Un abrazo?

–¡Lo que sea!

Él se detuvo, pero se echó sobre ella, y acabaron los dos tumbados sobre el sofá.

–Corazón, lo he pasado muy mal hoy –le dijo él en un tono sensual.

–¿De verdad? –preguntó ella. La proximidad de su cuerpo hacía que le resultara difícil incluso respirar.

Él asintió.

–Me he pasado todo el día recordándome a mí mismo todos los motivos por los que debería guardar las distancias.

–¿Y has llegado a alguna conclusión?

Él negó con la cabeza.

–Jamás he deseado a nadie como te deseo a ti.

–No sé qué decir –respondió Anastasia, completamente anonadada.

–Dime que me aleje de ti, Annie–le sugirió, besándole la frente y las mejillas–. Dime que no se me ocurra tocarte.

–No puedo decirte eso, Brant.

Él gimió y hundió el rostro en su pelo.

–¿Por qué?

–Porque… –ella suspiró–. Porque me gusta que me beses y que me toques.

Ella notó que él se estremecía.

–El problema es, precisamente, que a mí también me gusta, y me gusta tanto que dudo que pueda seguir comportándome como un caballero la próxima vez que te bese.

Sus increíbles ojos azules se fijaron en ella con intensidad. Esperaba una respuesta.

Ella hizo acopio de todo su valor y respondió.

–Bésame, Brant.

–Maldita sea, Annie, ¿no has oído lo que te he dicho?

–Perfectamente. Y quiero que te quedes conmigo y me beses… y me hagas el amor.

Él gimió y atrapó su boca con urgencia. Con el primer tacto, Anastasia se sintió como si un rayo hubiera prendido sus entrañas. La sensación de sus palmas sobre la cintura, la excitaba. Annie gimió y se apretó contra él.

Brant deslizó la mano bajo su camisa su ropa interior mientras atrapaba el lóbulo de su oreja entre los labios.

–¿Te gusta esto?

–Sí…

Él la miró.

–¿Estás segura de que quieres hacer el amor conmigo?

Ella asintió.

–Jamás he estado más segura de nada en mi vida.

Él sacó la mano de la camisa y le acarició la mejilla. La tomó de la mano invitándola a levantarse.

–Vayamos arriba.

Al ver que ella lo seguía voluntariosa Brant sintió que la vida iba a concederle un hermoso regalo. Pero también estaban a punto de hacer algo que cambiaría totalmente la relación que había entre ellos.

–¿Estás segura de esto, Annie?

–No tengo ninguna duda.

Le rodeó la cintura y la guió hasta el dormitorio. Cerró la puerta y encendió la lámpara de la mesilla de noche.

–¿Brant?

Él se volvió a mirar. Había una tímida sonrisa en su rostro.

–Dime, corazón.

–Hay algo… que me gustaría que supieras –dijo ella claramente nerviosa.

–Si estás preocupada por la protección, tranquilízate, yo me ocuparé de todo.

–Gracias, pero no era eso –dijo ella abrazándole con fuerza.

Él sintió un repentino temor.

–¿Entonces?

Ella lo besó en el cuello.

–Puede que no sea muy buena. Quizás tengas que indicarme lo que tengo que hacer.

Él tragó saliva. Pero antes de que pudiera verbalizar sus pensamientos, ella confirmó sus sospechas.

–Nunca he hecho esto.

Capítulo Ocho

Brant la miró atónito.

–¿Nunca?

Ella negó con la cabeza.

Él tragó saliva y se apartó de ella. Se pasó la mano por el cuello.

–Eres virgen.

–Eso suele suceder cuando una nunca se ha acostado con nadie –dijo ella, asintiendo.

–¿Y quieres que yo sea el primer hombre con el que haces el amor?

–Sí –dijo ella con decisión.

–¿Por qué, Ana? –él resopló. Estaba sobrepasado por la situación. Trató de pensar en todas las razones por las que debía mandarla a su habitación, mientras él se metía en un cubo repleto de hielo–. ¿Por qué yo?

–Porque eres dulce, cariñoso y el hombre más sexy que jamás he conocido –ella lo tomó de la mano–. Y me has hecho sentir más feliz en los últimos días de lo que lo he sido en toda mi vida –se arrimó por completo a él y sonrió–. Quiero estar tan cerca de ti que sea parte tuya.

Brant gimió y la tomó de nuevo en sus brazos.

–Maldita sea, mujer, no me vas a poner las cosas fáciles, ¿verdad? –dijo él–. No tienes ni idea de las ganas que tengo de tenerte en mi brazos y hundirme dentro de ti. Pero te estaré quitando algo que jamás te podré devolver.

–Lo sé.

–Y preferiría morir que padecer tu arrepentimiento.

Ella posó el índice sobre los labios de él.

–Sólo me arrepentiré de no hacer el amor contigo.

Él le besó el dedo.

–Pero, corazón, tienes que entender que yo no puedo hacer promesas.

–No te estoy pidiendo que me prometas nada –dijo ella–. Es

decisión mía y la asumo con todas las consecuencias. Quiero que seas el primer hombre que me tome y ójala pudiera ser el único.

Aquel pensamiento dejó a Brant temporalmente paralizado. Al mirar a Anastasia a los ojos, supo que era verdad, que quería ser el único en besarla, en hacerle el amor.

Tragó saliva y dejó a un lado aquel perturbador pensamiento. Si le daba demasiadas vueltas, acabaría descubriendo algo sobre sí mismo que no estaba preparado para saber.

La abrazó con fuerza y hundió el rostro en su cabello.

–Annie, no quiero hacerte daño.

–Sé que va a haber momentos desagradables, pero confío plenamente en que serás cuidadoso.

Ella deslizó las manos por el interior de su camisa, provocándole un tumulto de sensaciones.

–Te prometo que te lo haré lo más fácil posible. Pero vas a tener que ayudarme.

–¿Cómo?

–Tendrás que dejar de tocarme durante unos minutos –dijo él y se llenó los pulmones de aire–. De otro modo, voy a acabar incendiando la casa.

Ella sonrió.

–Creo que eso no sería buena idea. Fuera hace mucho frío.

Él gimió.

–Ya me he congelado bastante bajo la ducha desde que compartimos habitación en Denver.

–¿De verdad?

Él le acarició un mechón de pelo.

–No tienes ni idea de lo sexy que eres.

–Nunca pensé que lo fuera –respondió ella dulcemente.

Brant le desabrochó la blusa lentamente.

Ella lo miraba fijamente mientras él trabajaba con los ojales. Disfrutaba del tacto accidental de sus dedos sobre su piel.

Para cuando llegó a la altura de la cintura no era fácil discernir cuál de los dos respiraba más aceleradamente.

Brant separó lentamente las dos partes de la camisa y se quedó sin respiración.

Llevaba un sensual sujetador de lencería roja.

–¿Es ésta una de las cosas que te compraste en Denver? –le

preguntó con la voz rota.

–Sí –respondió ella–. Compro toda mi ropa interior en Sleek and Sassy.

–Por lo que veo ahora mismo me atrevo a afirmar que esa tienda es adorable.

Le quitó definitivamente la camisa y la lanzó sobre la cama. Luego le desabrochó el sujetador y se lo quitó lentamente. La visión de sus pechos turgentes y perfectos provocó una inmediata reacción en su ya alterado cuerpo.

Posó las manos sobre sus senos cremosos.

–¿Te gusta esto, Annie?

Ella se agarró su labio inferior entre los dientes como si tratara desesperadamente de evitar un gemido.

–No reprimas lo que sientes.

Él descendió la cabeza y tomó su pezón pujante con los labios. Al sentir su lengua jugueteando con la pequeña protuberancia, Annie no pudo contenerse más. Un gemido completo y cargado de deseo se escapó de su garganta.

Él sonrió.

–Así es. Déjame saber lo que te gusta.

–No es justo –dijo ella–. Yo también quiero tocarte.

Desabrochó los botones con impaciencia, hasta que el pecho fornido y espectacular de aquel hombre hermoso quedó al descubierto.

–Eres hermosísimo –dijo ella, posando las manos sobre los duros pectorales.

Él se rió.

–Me han llamado muchas cosas, pero «hermoso» te aseguro que es la primera vez.

Sus cuerpos se aproximaron hasta que las pieles desnudas se tocaron. Brant sintió que el corazón se le aceleraba.

Controlando a duras penas su impaciencia, le desabrochó la falda vaquera y la dejó caer hasta el suelo. Ella terminó de sacarse la falda con los pies y la apartó suavemente. Él volvió a abrazarla y atrapó entre sus labios el lóbulo de la oreja de ella y le susurró algo insinuante:

–Creo que vas a conseguir que me dé un ataque al corazón viéndote con eso que llevas puesto.

–¿No te gusta? –preguntó ella, juguetona.

Él levantó unos ojos hambrientos que se fijaron en la boca de ella.

–Me encanta. Pero aún más me va a gustar quitártelo.

Descendió lentamente, deslizando los labios por todo su cuerpo hasta el ombligo. Luego agarró entre dos dedos la fina lencería que cubría su feminidad ardiente y se regodeó haciendo resbalar por su piel fina el encaje rojo.

Quedaba sólo el liguero, provocador e insinuante. Rodeó su cintura con los brazos y desabrochó el cierre. Luego bajó lenta y seductoramente las medias hasta dejarla exenta de todo ropaje y artificio.

Se levantó y se apartó de ella para observarla.

–Eres preciosa, Annie.

Ella se armó de valor, se aproximó a él y deslizó un dedo por su pecho, descendiendo por su estómago musculoso hasta la cinturilla del pantalón.

–¿Puedo? –le preguntó.

–Me decepcionaría francamente que no lo hicieras –respondió él.

Ella sonrió, desabrochó el botón del pantalón y bajó la cremallera, rozando inevitablemente su miembro excitado.

En el momento en que ella comenzó a quitarle los pantalones, él le tomó la mano.

–Será mejor que yo me encargue de esto –le dijo.

Se quitó las botas, los pantalones y la ropa interior, y sacó algo del bolsillo que dejó bajo la almohada.

Anastasia jamás había visto a un hombre desnudo. El corazón se le aceleró y comenzó a respirar frenéticamente.

Brant era perfecto, con un cuerpo tan idealmente esculpido que recordaba a una estatua griega. Tenía los hombros anchos y la musculatura firme y apretada, las caderas estrechas y un vientre plano y atlético.

Él la también la miró y Anastasia se sintió como si fuera la mujer más deseable del mundo.

La agarró de la mano y la condujo a la cama. Se tumbaron el uno junto al otro.

–Vamos a tomarnos esto con mucha calma. Iremos muy despacio –le dijo él, elevando la cabeza ligeramente para mirarla.

Ella rodeó su cuello con los brazos y lo besó con infinita pasión y sensualidad.

–¡Cielo santo! Me estás matando de placer y adoro cada minuto de esta tortura –le dijo y descendió la boca hasta sus senos.

Notó cómo ella introducía los finos dedos entre sus cabellos.

–Brant, eres tú el que me estás matando.

Él la miró una vez más.

–¿Quieres que pare?

–No.

La besó en los labios y le acarició el cuerpo.

–Tu piel es tan suave que parece de satén –ella se estremeció al notar su mano sobre la cara interna de las pierna–. Annie…

–¿Sí?

–Mírame.

Ella abrió lo ojos y él la acarició suavemente.

–Quiero que me prometas algo –le dijo.

–En este instante sería capaz de prometerte cualquier cosa.

–Prométeme que me vas a ir diciendo todo lo que te gusta y lo que no.

En ese instante, le separó las piernas y halló su feminidad húmeda y cálida.

–Por favor…

–¿Por favor qué?

–Hazme algo –le rogó ella.

–¿Qué quieres que te haga?

–Hazme el amor, Brant.

Su sexy petición lo alteró peligrosamente. Estaba teniendo verdaderos problemas para mantener el control.

–Espera un momento –le dijo y, sacando el paquete que había puesto previamente debajo de la almohada, lo rasgo y se puso la protección que necesitaba.

La tomó entre sus brazos una vez más y, controlando al máximo, se abrió paso dentro de ella, sin dejar de mirar su rostro.

Al llegar a la barrera que imponía su virginidad se detuvo.

–Annie –fue todo lo que pudo decir antes de cubrir sus labios con un dulce beso.

Brant sentía los dedos de ella presionándole con fuerza la espalda. Estar dentro de Annie era estar en el cielo. La idea de

poder causarle algún dolor le espantaba. El ímpetu de su deseo lo instaba a seguir adelante, pero temía que Annie no estuviera preparada aún.

Él alzó la cabeza y la miró.

–No sé si…

–Brant, estoy bien –le dijo sonriendo–. Sigue sin miedo.

Ella se arqueó en un signo de entrega. Le estaba pidiendo que la llevara al lugar al que sólo los amantes llegaban juntos. Él respondió moviéndose dentro de ella lentamente hasta romper la barrera que los separaba de la entrega completa. Ella gimió levemente y, después, se relajó.

La pasión comenzó a crecer de nuevo y sus mejillas se colorearon. Notó cómo su feminidad se tensaba entorno a él.

–Déjate llevar, corazón –le dijo él–. Yo me encargaré de todo.

Anastasia cerró los ojos y se dejó llevar hasta el final, llegando al sumo placer. Sólo cuando tuvo la certeza de que ella había alcanzado el éxtasis, él cedió ante su propia necesidad.

Gritó el nombre de Annie y sintió como si una carga eléctrica lo estuviera atravesando. Momentos después, los espasmos terminaron, encontrada al fin su propia liberación.

Annie lo abrazó con fuerza y notó su cuerpo grande estremecerse. Adoraba sentir su peso, su respiración, su piel.

Cerró los ojos y atrapó su labio inferior entre los dientes. La verdad era que adoraba todo en él y el hecho de que el tiempo que les quedaba estuviera a punto de acabar, se le hacía insoportable. Al día siguiente partirían hacia Anaheim y, demasiado pronto, regresaría a casa.

–¿Estás bien? –le preguntó él.

–Muy bien –respondió ella.

Él alzó la cabeza y la apoyó en la mano para mirarla.

–¿Estás segura?

Ella asintió.

–Ha sido la experiencia más increíble de toda mi vida.

–Te prometo que la próxima vez será aún mejor.

–¿La próxima vez? –preguntó ella, notando que el corazón se le aceleraba.

–Sí. Pero no será ahora –se tumbó a su lado.

–¿Por qué no? –preguntó ella inevitablemente decepcionada.

–No me gusta hacerte daño y quiero evitar a toda costa que puedas sentirte dolorida hoy.

Annie notó un dulce calor interior al sentirse protegida. Brant trataba de hacer lo mejor para ella, no lo que realmente quería.

Poco tiempo después la respiración profunda le anunció que su compañero de pasiones se había quedado profundamente dormido.

Ella permaneció a su lado, con la mirada en el techo, pensando. En un par de días estaría de vuelta en casa. ¿Por qué la perspectiva de su regreso lejos de alegrarla la entristecía profundamente?

Miró a Brant y se preguntó si trataría de verla después de que se marchara, o dejaría que desapareciera sin más.

Sintió un nudo en la garganta y supo exactamente por qué: volver a Illinois podría suponer no volver a ver al hombre al que amaba.

Capítulo Nueve

Brant pagó al taxista y tomó a Annie de la mano para guiarla hacia la puerta de entrada del personal.

Hasta entonces había tratado de evitar pensar en aquel día, pero finalmente había llegado y no había modo de cambiar eso.

Después del rodeo tomarían un avión hasta San Luis. Luego alquilarían un coche y conducirían hasta su casa al sur de Illinois. Al día siguiente por la mañana, ella ya estaría en su vida de siempre, rodeada de libros, arte y conciertos benéficos, mientras que él regresaría a Lonetree.

Así debían ser las cosas, no había más. Pero, entonces, ¿por qué le dolía tanto la perspectiva de separarse de ella?

Miró a la mujer que tenía a su lado y recordó que él había sido su primer amante. La idea de no volver a hacer el amor con ella le resultaba insoportable.

–Annie…

–¿Sí?

–Tengo algo que pedirte –dijo él tomando una repentina decisión.

Se detuvo, dejó la bolsa que llevaba en la mano y la tomó en sus brazos. ¡Qué agradable era sentirla cerca!

–¿Te importaría…

–Hola, hermano –los interrumpió Colt, que acababa de llegar acompañado de su amigo Mitch–. Hoy pienso ganar.

–Intenta no aterrizar con la cabeza otra vez –respondió Brant irritado por su inoportuna aparición.

Los dos hombres se rieron.

Mitch se volvió hacia Anastasia y le tendió la mano.

–Creo que no nos han presentado. Soy Mitch Simpson. Al parecer, el otro día estuviste sentada junto a mi hermana.

Anastasia estrechó la mano del amigo de Colt que la miraba insinuante. Brant no pudo ocultar su tensión. Mitch tenía fama de seductor.

–Yo soy Anastasia Deveraux –respondió ella–. Tu hermana es encantadora. ¿Vendrá hoy también?

–No –dijo Mitch sin soltar la mano de Anastasia–. Se ha quedado en casa cuidando de la yegua que le he regalado por su cumpleaños.

–Dile que me habría encantado volver a verla.

Brant le lanzó a Mitch una mirada asesina y éste apartó su mano de Anastasia, no sin antes sonreír victorioso.

–Kaylee me dijo que os lo habíais pasado muy bien. Seguro que le va a pesar no haberte visto también.

–Es increíble. Prefiere pasar su tiempo con esa yegua en lugar de venir a verme –dijo Colt.

Brant estudió a su hermano. ¿Era verdadero pesar lo que se oía en su voz?

–Kaylee te ha visto montar lo suficiente como para saber lo que va a ocurrir –dijo Mitch.

–¿Qué hay de malo en mi forma de montar? –preguntó Colt furioso.

–No es el modo en que montas, sino en el que desmontas. Siempre acabas con la cabeza en suelo.

–Eso no es verdad.

–Sí lo es –insistió Mitch.

Los dos hombres se despidieron y siguieron discutiendo mientras se dirigían hacia la zona donde se había servido el buffet. Brant abrazó de nuevo a Anastasia.

–Volvamos a donde lo dejamos. Hay algo que me gustaría pedirte.

Ella sonrió y él sintió un dulce calor interior.

–Pídeme lo que quieras.

–¿Te importaría que cambiáramos nuestro vuelo y reservara una habitación en un hotel?

Anastasia lo miró fijamente.

–¿Me estás pidiendo que pase la noche contigo, Brant?

–Sí.

Ella posó la mano sobre su mejilla.

–Me encanta la idea –respondió–. Además, te recuerdo que me hiciste una promesa.

–¿Cuál?

Se puso de puntillas para poder susurrarle al oído.

–Me prometiste que, cuando volviéramos a hacer el amor, sería incluso mejor que la primera vez. Pero no has tenido ocasión de demostrármelo.

El corazón de Brant se aceleró y su cuerpo reaccionó de inmediato.

–Soy un hombre de palabra, tú lo sabes, así que cambiaré los billetes en cuanto acabemos de comer algo.

Después de la cena, Anastasia se dirigió a las gradas a esperar la salida de Brant. Mientras veía a los hombres preparándose en la arena, no podía dejar de pensar en la invitación que le había hecho.

La nieta de Carlota Whittmeyer jamás habría soñado una semana atrás con pasar la noche en compañía de un apuesto vaquero. Pero, en un período de sólo unos días, su existencia había cambiado. Estaba aprendiendo a disfrutar de la vida, a no dejarla pasar delante de ella sin atreverse a tocarla.

Sonrió y miró su propio atuendo. Incluso su forma de vestir había cambiado. Ella prefería la ropa ancha, neutral. Sin embargo, en aquel instante iba vestida con unos ajustados vaqueros, una camisa roja y unas botas de punta. Se sentía bien. Le gustaba cómo le quedaba y, sobre todo, el modo en que la miraba Brant cuando iba así.

Por desgracia, sabía que su abuela no aprobaría su nueva personalidad, pese a que ya no podría volver a ser la misma nieta sumisa.

Independientemente de lo que sucediera entre Brant y ella, siempre le estaría agradecida por haberle mostrado un camino que desconocía hasta entonces.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que tardó unos segundos en reparar en la voz masculina que sonaba cerca de ella.

Se volvió sobresaltada y vio, a solo unos metros, a Patrick. Estaba de espaldas a ella, mostrándole su foto a un grupo de gente.

Anastasia sintió un ataque de pánico y buscó desesperadamente un lugar en el que esconderse.

De pronto, reparó en un barril que estaba en un lateral de la plaza, entre cajas. Era lo suficientemente grande como para albergarla y, probablemente, jamás se le ocurriría buscarla allí.

Lentamente, sin llamar la atención, se deslizó dentro. Esperaría a que Patrick se marchara y luego saldría de allí e iría en busca de

Brant.

Pasados unos minutos y cuando se disponía a mirar si Patrick se había marchado, sintió que el barril se movía. De pronto, se inclinó peligrosamente, hasta caer sobre uno de sus lados y golpeando dolorosamente a Anastasia. Se quedó confusa unos segundos, hasta que cayó en la cuenta de que estaba siendo empujada hacia la arena.

–¡Eh, deténgase! –dijo ella–. Estoy aquí dentro.

Sacó como pudo la cabeza, pero no veía nada, así que decidió buscar con la mano al extraño que la trasladaba.

El hombre se sobresaltó al notar el inesperado tacto.

–¿Qué demonios… –de pronto, el hombre volvió a colocar el barril en su posición vertical. Una cara pintada asomó por el agujero–. ¿Qué está haciendo usted ahí?

–Por favor, mantenga la voz baja –le dijo al hombre, temerosa de que los aspavientos del payaso llamaran la atención de Patrick–. Necesito que busque a Brant Wakefield.

El hombre parecía exasperado.

–¿Necesita qué?

–Por favor, es muy importante. Y no pienso salir de este maldito barril hasta que no lo traiga.

Brant miró a las gradas ansioso por ver el dulce rostro de Anastasia. Pero no la encontró. ¿Dónde demonios se había metido?

Repentinamente impaciente, le preguntó a su hermano Colt que venía hacia él.

–¿Has visto a Annie?

–No –respondió Colt–. ¿Ocurre algo?

–No estoy seguro –respondió a su hermano sin dejar de mirar hacia el público.

–Ya sabes que si necesitas ayuda sólo tienes que pedirla.

Brant asintió.

–Gracias, Colt.

Mientras su hermano se alejaba, un impaciente Gil Daniels se aproximó a toda prisa.

–¡Eh, Brant! –lo llamó Gil–. Necesito tu ayuda.

–Ahora no, Gil –dijo Brant.

–Esto no puede esperar.

–Pues tendrá que esperar –dijo Brant impaciente–. Necesito encontrar a alguien.

Gil lo agarró del brazo.

–Esa rubia que venía contigo me ha dicho que, si no te aviso, no saldrá del barril.

–¿Annie está en el barril? –preguntó Brant incrédulo.

Gil se encogió de hombros.

–No sé cómo se llama, pero sí, está en mi barril.

Brant se apresuró hacia el lugar que le indicó Gil. Al llegar allí, miró por el agujero superior del tonel y se encontró los ojos asustados de Ana.

–¿Qué demonios estás haciendo ahí?

–Patrick está aquí.

–¿Estás segura?

Ella asintió.

–Estaba mostrando mi foto a un grupo de personas.

Brant miró de un lado a otro.

–Ya no está. Se ha ido –le tendió la mano para ayudarla a salir–. Me he asustado mucho cuando Gil me ha dicho que estabas en el barril.

Gil farfulló algo entre dientes y empujó la cuba hacia el centro de la arena.

–Era el único sitio en el que me podía esconder –ella se estremeció–. Estaba tan cerca…

La tomó en sus brazos. ¿Cómo se las iba a arreglar para mantenerla a salvo? Había cuarenta y cinco vaqueros que dependían de él para poder desmontar sus bestias. Pero la mujer que tenía en sus brazos necesitaba su ayuda.

Al ver a la coordinadora acercándose a ellos, respiró aliviado.

–Sarah, necesito que me hagas un favor.

La mujer sonrió.

–Si se trata de ir de compras, tendrás que esperar hasta mañana.

–Esta vez no son compras –sin dar demasiados detalles, le contó que Annie estaba tratando de evitar a Patrick Elsworth–. ¿Puede quedarse contigo hasta el final?

–Por supuesto –dijo la mujer–. Ven. Ese hombre no podrá dar contigo. Y si se atreve a entrar aquí, se encontrará a cuarenta y cinco vaqueros con suficiente adrenalina como para hacerle desistir

de su intento.

–Te veré después del rodeo –le dijo él.

–Ten cuidado –le rogó ella.

–Cuenta con ello –respondió él y se acercó para susurrarle algo al oído–. Tenemos una cita esta noche.

Brant se preparó para saltar al ruedo en cuanto fuera necesario. Ocho segundos después de que la bestia hubiera salido con su jinete a lomos, éste desmontaría y llegaría la hora de desviar la atención del toro.

Se abrió la puerta y mil kilos de furia bovina salieron a la arena.

Pero, cuatro segundos después, el vaquero cayó de su montura peligrosamente cerca de la fiera.

Al ver que no se movía, Brant supo de inmediato que el jinete había perdido el conocimiento.

Sin pensárselo, corrió hasta él y lo cubrió con su propio cuerpo. Jamás había perdido a ningún vaquero y no estaba dispuesto a que aquella fuera la primera vez.

Esperaba que los demás vaqueros saltaran al ruedo para desviar la atención del toro, pero, antes de que pudieran hacerlo, los cuernos de la bestia chocaron contra sus costillas. El chaleco protector lo salvaría de heridas mortales, pero sospechó en el momento del golpe que iba a tener serias contusiones durante varios días.

Casi tan deprisa como el toro lo atacó, fue sacado fuera del ruedo, gracias a otros dos toreros.

Cuando, finalmente, lograron llevar al toro de vuelta al redil, el equipo médico salió a recoger al vaquero inconsciente y a comprobar el estado de Brant.

–¿Estás bien? –le preguntó uno de los médicos.

–Sí, estoy perfectamente –dijo él, levantándose lentamente y retirándose los restos de arena que habían quedado en su ropa–. Me ha golpeado un par de costillas, eso es todo.

–¿Seguro?

–Seguro. Ya he tenido suficientes huesos rotos como para saber distinguir una rotura.

El hombre asintió y se puso ayudar a los otros dos que cargaban al herido en una camilla.

Brant salió del ruedo en busca de Anastasia.

Pero antes de encontrarla, se topó con un desagradable visitante.

–Estaba buscándolo, Wakefield –le dijo Patrick Elsworth.

–Tiene gracia, porque yo no lo estaba buscando a usted –dijo Brant, controlando la furia que la sola presencia del deleznable individuo le provocaba. De pronto, reparó en algo–. ¿Cómo ha averiguado mi nombre?

Elsworth pareció complacido consigo mismo.

–Chantajeé al recepcionista del hotel, que me dio su nombre y me dijo que era usted parte de este estúpido espectáculo. Luego busqué en Internet cuándo sería el próximo rodeo –sonrió satisfecho–. ¿Dónde está ella?

Brant no se planteó siquiera hacerse el despistado, no tenía ningún sentido.

–Annie está a salvo de usted –le dijo–. Ahora lárguese de aquí a menos que quiera tener problemas graves.

–¿Annie? –Elsworth se carcajeó–. A Carlotta no le va a gustar ese nombre. Odia que nadie llame a su preciosa nieta con cualquier apelativo que no sea «Anastasia».

Brant continuaba andando con intención de sacar a aquel hombre de allí. Temía que Anastasia apareciera de un momento a otro.

En ese instante, vio a Mitch y a Colt y apresuró el paso.

–Colt, ¿recuerdas lo que hemos hablado antes?

Su hermano miró primero a Brant y luego al hombre que estaba a su lado.

–Sí.

–Necesito ese favor ahora –dijo.

Colt sonrió, se acercó a Elsworth y lo agarró de los hombros.

–Mitch y yo nos ocuparemos de todo sin problemas.

–¿Creéis que podéis darme quince minutos? –preguntó Brant alejándose.

–Sin problemas –dijo Colt y soltó una carcajada cuando Elsworth trató de clavarle el codo en el estómago y se encontró con su chaleco protector–. Tómate todo el tiempo que necesites.

–Gracias.

–¿Qué creen que están…? –eso fue todo lo que Brant oyó, mientras se llevaban a la rata de Patrick Elsworth.

Él llegó al vestuario, se cambió de ropa y se apresuró a ir en busca de Anastasia. Tenía que llevarla al hotel antes de que Colt y Mitch soltaran a Elsworth.

Le había prometido que la mantendría a salvo y estaba dispuesto a cumplir su promesa.

Capítulo Diez

Annie esperó impaciente a que Brant abriera la puerta del hotel. En cuanto entraron, la cerró a toda prisa.

–Brant, no he pasado más miedo en mi vida –le dijo Anastasia.

–Ya estás a salvo, corazón. Elsworth no sabe que estás aquí.

–Pero no es Patrick el que me preocupa –dijo ella y tomó el rostro de él entre las manos–. Pensé que me iba a dar un ataque al corazón cuando vi cómo el toro iba a por ti. ¿Estás bien?

–Un poco dolorido –admitió él–. Mañana tendré que tomarme las cosas con calma. Pero estará bien.

–¿Estás seguro?

Él asintió.

–He estado en situaciones peores que las de hoy.

Ella lo observó mientras se quitaba la chaqueta de cuero lentamente.

–¿Te ha visto un médico?

–Cariño, estoy bien –dijo él–. Tengo un par de contusiones, eso es todo.

Anastasia tuvo que hacer un esfuerzo por controlar sus lágrimas.

–Brant, nunca he visto un acto tan heroico como el que tú has hecho lanzándote sobre aquel vaquero y cubriendo su cuerpo para protegerlo. Eres increíble.

–No. Aquí la única persona increíble que hay eres tú –le dijo él, tomándola en sus brazos.

Era típico de él quitarle importancia a sus hazañas. Cuanto más lo conocía, más admiración le provocaba.

Ella comenzó a desabrocharle la camisa y, al notar el tacto de sus manos sobre la piel, él gimió.

–¿Te gusta?

–Casi más de lo que puedo soportar –dijo con una amplia y prometedora sonrisa–. Pero no quiero ser egoísta. Yo también quiero hacerte sentir bien.

Le desabrochó los botones de la blusa, hasta dejar al descubierto

su sujetador de encaje blanco. Le quitó la camisa y le desabrochó el sostén, despojándola de él lentamente. Luego atrapó sus senos entre las manos y comenzó a juguetear con sus pezones.

–Me gusta –murmuró ella.

Ella le desabrochó el cinturón. Luego empezó a bajar la cremallera, pero se encontró con un obstáculo.

–Vaya… al parecer aquí tenemos un problema –dijo mirándolo a los ojos.

–Siempre me pongo así cuando te tengo cerca –respondió él, refiriéndose a su miembro endurecido. Luego bajó la cabeza y besó sus senos.

Ella sintió un escalofrío y se abrazó a él. Pero el gemido de dolor que emitió la sobresaltó.

–Estás realmente herido –dijo, apartándose de él y retirando la camisa que ocultaba el golpe. Apareció entonces una larga mancha violácea–. ¡Cielo santo! Eso tiene muy mal aspecto.

–No es nada –insistió.

–Sí que lo es –lo tomó de la mano y lo condujo a la cama–. Quiero que te pongas cómodo–. Acuéstate. Voy a traer hielo –él empezó a protestar, pero ella negó con la cabeza–. No admito quejas. Tú has estado cuidando de mí y ahora me toca ocuparme de ti.

Brant observó a Anastasia mientras se vestía, sacaba la llave electrónica del bolsillo de la chaqueta de él y salía de la habitación en busca de una máquina de hielo.

La preocupación que había visto en sus ojos lo conmovía. Se tumbó totalmente y se quedó mirando al techo y pensando. Le resultaba muy agradable tenerla cerca, sentir que cuidaba de él. Se preguntó cómo sería tenerla a su lado siempre.

Apartó su mente de una idea semejante, porque lo hacía desear imposibles. No tenía sentido plantearse cosas que jamás ocurrirían. Annie y él procedían de mundos irreconciliables y sus vidas se separarían al día siguiente.

La puerta se abrió y ella entró con un montón de hielo en una bolsa de plástico.

Momentos después sintió el frío intenso sobre sus costillas.

–¡Maldición! ¡Eso está helado!

–Es lo que le suele pasar al hielo –dijo ella con una sonrisa–. No

sé exactamente cuánto tiempo debo dejártelo puesto.

–No demasiado –le dijo–. En este momento tengo en mente cosas más cálidas.

–Pero si estás herido… –protestó ella.

–Créeme, Ana, no estoy tan mal. Mis costillas están doloridas, pero mis otras partes funcionan a la perfección.

Se quitó la bolsa de hielo a fin de poderla tomar en sus brazos.

Fue cuestión de minutos que la barrera de ropa que se interponía entre ellos desapareciera, dejando que los cuerpos cálidos se deleitaran con su mutuo tacto.

–No sabes cuánto he deseado repetir esto, Ana –le susurró.

–Brant… –fue todo lo que ella consiguió decir.

–Me gusta oírte decir mi nombre.

Tras un juego de caricias y de besos, Anastasia lo ayudó a ponerse el preservativo y, una vez más, le abrió su cuerpo.

Se sintió por primera vez en su vida completa y llena de un amor que no sabía que existía. Supo entonces, con total certeza, que Brant era mucho más que un compañero de diversión: era su alma gemela, su otra mitad.

Se unieron frenéticos en busca del placer final, hasta que explotó dentro de ellos el éxtasis, convirtiéndose en algo más grande de lo que jamás habrían esperado.

Anastasia oyó el gemido último de Brant y juntos encontraron el más dulce alivio.

Tiempo después de que Anastasia se hubiera quedado dormida permanecía Brant con ella entre sus brazos.

Le encantaba el modo en que su pequeño cuerpo se ajustaba al suyo, transmitiéndole tanta serenidad.

La amaba. No sabía cómo ni cuándo había sucedido, pero era amor sin duda lo que sentía.

Había permitido que ocurriera y no debería haberlo hecho. ¿Acaso no había aprendido con sus pasadas experiencias que una mujer como Annie no llegaría jamás a ser feliz con un hombre como él? ¿Qué ocurriría cuando se acabara la aventura y quisiera recuperar su modo de vida?

Él sintió un nudo en la garganta. Acabaría cansándose y trataría de domesticarlo. Pero él jamás encajaría en su mundo y, finalmente,

lo abandonaría. ¿Cómo sobreviviría entonces?

Brant respiró profundamente con el propósito de relajar el dolor que sentía en su pecho.

La respuesta a todo eso era sencilla: al día siguiente, después de llevarla junto a su abuela, le diría adiós para siempre.

Cuando Brant detuvo el coche que habían alquilado delante de la casa de la abuela de Anastasia, a ésta se le encogió el corazón. Aquél era el último sitio en el que quería estar.

Miró al guapo vaquero que la acompañaba y tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener las lágrimas.

En cuanto se bajara del vehículo, él regresaría a Lonetree sin ella.

–Tenías razón –dijo Brant mirando a la imponente casa victoriana–. Esta casa parece un museo.

–Lo cierto es que este estilo puede resultar cálido y acogedor, pero la de mi abuela es particularmente fría –Anastasia hizo una pausa y bajó los ojos–. Gracias por todo, Brant. No sé qué habría hecho sin tu ayuda…

–No pienses en eso ahora, corazón –le dijo, posando el dedo sobre sus labios–. Todo ha salido bien.

–Espero que tengas un buen viaje de regreso –dijo ella.

Tenía que entrar en la casa antes de hacer algo estúpido, como abrazarlo y rogarle que se la llevara con él.

–Esperaba que me invitaras a una taza de café o algo así.

Anastasia sonrió y juntos se encaminaron hacia la puerta.

–Si quieres, puedes quedarte a cenar.

–Lo siento, pero mi vuelo a San Luis sale a las diez y no me da tiempo.

Anastasia se quedó unos segundos ante la puerta antes de llamar al timbre.

Finalmente, pulsó el botón y, momentos después, Carlotta Newmeyer abrió la puerta con el ceño fruncido.

–¿Dónde has estado, señorita? –le preguntó furiosa–. Llamé a la biblioteca nada más llegar a casa, pero esa asistente tuya no me ha sido de mucha ayuda. Sólo me ha dicho que Patrick ha estado intentando localizarte durante toda la semana –la mujer se detuvo y miró de arriba abajo al vaquero que la acompañaba –. ¿Quién es

este?

–Soy Brant Wakefield –respondió educadamente él y le tendió la mano.

La mujer miró con desprecio dicha mano y volvió a dirigirse a su nieta.

–¿Qué llevas puesto? Pareces una ridícula chica de campo. ¿Y tus gafas?

–Yo también me alegro de verte –dijo Anastasia con cierta ironía–. Vayamos dentro y te lo explicaré todo.

Nada más entrar, Brant sintió un escalofrío. La casa estaba decorada con oscuras antigüedades y brocados ancestrales. Llegaron hasta un incómodo salón y Brant se pudo hacer idea de lo infeliz que una niña como Annie debía de haber sido allí.

Se sentó a su lado en un sofá duro como una piedra y notó de inmediato la tensión de su pequeño cuerpo.

–Tranquilízate, todo irá bien.

–Deduzco que has pasado la semana en compañía de este hombre –dijo Carlotta en un tono de desprecio.

–¡Abuela, Brant es el hombre más amable y generoso que jamás he conocido! –dijo Anastasia, mirándolo con tanta estima que él sintió un reconfortante calor en su interior. Ella se metió la mano en el bolsillo y sacó el anillo que Patrick Elsworth le había dado–. Esto es tuyo. Es el comienzo de todo.

–¿Mío? –Carlotta negó con la cabeza–. No lo había visto en mi vida.

–Representa los miles de dólares que Patrick Elsworth ha estado robando de tu cuenta.

Anastasia le explicó con todo detalle lo que había descubierto sobre Elsworth y cómo la había amenazado.

Pero, cuál fue su descomunal sorpresa al oír que la anciana se negaba a aceptar sus explicaciones.

–¿No te das cuenta del peligro que corres yéndote con extraños? – una vez más, miró con desprecio a Brant–. Eso sin contar con el daño que puedes hacerle a tu reputación. ¿Qué van a decir mis amigas del club si descubren que te escapaste una semana con un vaquero?

Brant no pudo más. Se puso de pie e intervino.

–Señora Whitmeyer, no quiero ser irreverente, pero tiene sus

prioridades tan confusas que me da lástima. ¿Qué importa lo que un montón de señoras arrogantes puedan pensar? Annie corre un serio peligro y no soy yo la amenaza, sino el tipo que usted consideraba el hombre perfecto para ella.

La mujer respondió furiosa.

–El nombre de mi nieta es Anastasia y esto no es asunto suyo –señaló con rabia la salida–. Le agradecería que se marchara cuanto antes.

Anastasia se levantó rápidamente.

–Abuela, no pienso tolerar que trates a Brant así.

La mujer miró atónita a su nieta. Brant estaba seguro de que aquella era la primera vez que se rebelaba.

–Tranquila, Annie –dijo posándole la mano en la mejilla–. No te preocupes, corazón.

Las lágrimas llenaron los ojos de la joven.

–Brant…

–Tengo que tomar el vuelo de vuelta a casa.

Se encaminó directamente hacia la puerta sin mirar atrás.

Una vez fuera, entró en su coche, se sentó y respiró profundamente.

Dejar a Annie era lo más duro que había hecho en toda su vida. Pero llevarla consigo sería un craso error.

Arrancó el coche y se puso en marcha.

Pero, al detenerse en el primer semáforo vio justo enfrente de él, en el carril contrario, un BMW amarillo que se había detenido ruidoso al cambiar la luz. El hombre estaba impaciente y golpeaba rítmicamente el volante: era Patrick Elsworth.

De pronto, se dio cuenta. Se dirigía a casa de Annie y su impaciencia lo delataba: iba dispuesto a cualquier cosa.

Brant no podía permitirlo, tenía que regresar. Y si Patrick Elsworth se atrevía a ponerle la mano encima a Anastasia Deveraux, era hombre muerto. De eso podía estar seguro.

Capítulo Once

Brant dio la vuelta en el siguiente desvio y se dirigió una vez más hacia la casa.

Pero un repentino temor lo invadió. ¿Y si no llegaba a tiempo?

–¡Ponte en verde! –le dijo impaciente al inanimado semáforo.

En cuanto la luz cambió, los neumáticos rechinaron sobre el asfalto y él se apresuró a llegar a su destino.

Vio el BMW de Elsworth aparcado en la puerta y colocó su coche justo detrás para bloquearle la salida.

Salió del vehículo y se acercó a la casa por la puerta trasera. Con un poco de suerte estaría abierta.

Cuando el picaporte cedió y le dio paso al interior de la vivienda, Brant sintió un ligero alivio.

Se aproximó lentamente hasta el lugar donde se oían las voces; luego se quedó oculto al otro lado de la puerta escuchando.

–Sí, claro que he robado su dinero –le oyó decir a Elsworth en un tono amenazante–. Pero no va a poder hacer nada al respecto.

Brant se tensó y se llenó de ira. Pero se contuvo. Sabía que debía esperar al momento oportuno.

–Claro que puedo. Llamaré a la policía para que lo arresten.

–No va a hacer nada de eso –insistió Elsworth–. No tengo intención alguna de pasar más tiempo en la cárcel. Me voy a quedar aquí, en esta ciudad y las dejaré en paz si usted y su nieta mantienen la boca cerrada. De no ser así, acabarán como la anciana de Fresno.

–¿La mataste? –preguntó Anastasia atónita–. ¿Cómo lo hiciste, sin que la policía te descubriera?

El temor de su voz fue suficiente para acabar de alimentar la ira de Brant.

–Fue fácil. Descubrí que cierto tipo de venenos…

No pudo terminar la frase. Brant salió de su escondite posando con firmeza una mano en su hombro y, tras obligarlo a volverse, le dio un fuerte puñetazo que lo dejó casi inconsciente en el suelo.

Frotándose los nudillos se dirigió hacia las dos mujeres.

–¿Estáis bien? –le preguntó a Anastasia. Ésta se lanzó a sus brazos.

–¿Cómo sabías que Patrick estaba aquí?

Brant abrazó su cuerpo tembloroso.

–Me crucé con él en un semáforo y supuse que vendría hacia aquí –le besó la frente y, acto seguido, se apartó de ella, al darse cuenta de que el desaprensivo criminal volvía en sí–. Ve a llamar a la policía.

Mientras Anastasia se dirigía al teléfono, Elsworth hizo un amago de levantarse.

–No se te ocurra intentar ponerte de pie o te partiré la mandíbula. Nadie amenaza a la mujer a la que amo.

Cuando la policía metió a Patrick Elsworth en el coche, Anastasia cerró la puerta y se lanzó en brazos de Brant.

–Gracias. No sé lo que habría sucedido si tú no hubieras aparecido.

–No pienses en eso –le dijo él–. Hace poco más de una semana te prometí que no le permitiría que te hiciera daño y lo decía en serio.

Aún en brazos de Brant, ella miró a su abuela por encima de su hombro.

Normalmente, Carlotta habría intervenido con su habitual impertinencia. Sin embargo, por algún motivo, estaba particularmente callada.

–Abuela, ¿no tienes nada que decirle a Brant?

–Sí –dijo la mujer con un tono dubitativo–. Gracias… gracias por su ayuda. Creo que será mejor que espere en la otra habitación mientras os despedís.

–Abuela…

–No pasa nada –dijo Brant, posándole el dedo en los labios–. Tiene derecho a opinar y actuar como quiera.

–¿Aunque sea ruda contigo?

–Sí –la abrazó amorosamente–. Tengo que irme. Voy a perder el avión.

Los ojos de Anastasia se llenaron de lágrimas. No podía soportar la idea de no volver a verlo otra vez.

–Brant, te amo.

Él sintió cómo su cuerpo se tensaba. Luego, con un ligero movimiento del índice bajo su barbilla, la invitó a alzar el rostro hacia él.

–Yo también te amo, corazón. Por eso, precisamente, me marcho y tú te quedas aquí.

Anastasia sintió que el corazón se le rompía en mil pedazos. Las viejas inseguridades afloraron de nuevo.

–Es porque no me encuentras atractiva.

–¡No! Me pareces la mujer más sexy que he conocido jamás. Pero tú estás acostumbrada a una vida de conciertos y exposiciones, mientras que a mí me gusta montar a caballo y trabajar la tierra.

–Pero yo no disfruto de los conciertos ni las exposiciones –dijo ella, tratando de hacerle entender lo confundido que estaba respecto a ella–. Me gusta mucho más la vida del campo que…

–Sé que piensas que eso sería suficiente, pero no es verdad. En cuestión de seis meses ya te habrías cansado y estarías deseando regresar a tu antigua vida –él respiró pesadamente–. Uno no puede dejar de ser lo que es.

–¿Qué te ha ocurrido para hacerte pensar así, Brant?

Él sonrió con tristeza.

–Tiempo atrás conocí a una chica de Boston que creía querer lo mismo que yo. Pero muy pronto se cansó de todo esto. Entonces empezó a intentar cambiarme. No funcionó –la besó por última vez, un beso cargado de ternura y de amor–. Que seas muy feliz en tu vida.

Dicho aquello, se encaminó hacia la puerta y se marchó, sin darle ocasión a responder, dejándola desolada y dolida.

–¿Realmente lo quieres, Anastasia? –le preguntó su abuela entrando en la sala en que su nieta permanecía inmóvil–. ¿Crees que podrías ser la mujer de un ranchero?

Las lágrimas se deslizaban lentamente por las mejillas de Anastasia.

–Abuela, lo amo con todo mi corazón. Lo que realmente querría hacer en mi vida es ser su esposa y vivir en aquel enorme rancho de Wyoming –se cubrió el rostro con las manos y se dejó llevar por la tristeza.

Carlotta la sorprendió rodeándola con sus brazos.

–Vamos a sentarnos y a ver si podemos solucionar todo esto.

Una vez se acomodaron en el sofá, Anastasia aceptó el pañuelo de su abuela y se limpió la cara.

–Supongo que lo has oído. Está convencido de que acabaré por aburrirme de su mundo –miró a su abuela directamente a los ojos–. Pero está completamente equivocado. Jamás me había sentido tan viva como durante los días que he pasado en el rancho.

Carlotta suspiró.

–Sin duda, eres hija de quien eres –dijo la abuela–. En el fondo sabía que era así, y por eso siempre me he empeñado en ponerle freno a tu vida. Tenía tanto miedo de perderte como a tu madre… –sonrió tristemente–. Siento haberte hecho tan desgraciada todos estos años.

–¡Abuela! No me has hecho desgraciada.

–No me niegues lo que las dos sabemos –dijo la mujer–. Sólo quiero que comprendas por qué lo hice. Pensé que si te educaba en el tipo de cosas que a mí me gustan, no correrías los riesgos que tu madre corría. Pero, al verte con ese joven, me he dado cuenta de cuán errada estaba. Siento haber tratado a ese vaquero tuyo de modo tan rudo.

–Su nombre es Brant, abuela.

–Pues Brant me ha demostrado que estaría dispuesto a cualquier cosa con tal de mantenerte a salvo y eso es, para mí, más que suficiente.

Anastasia negó con la cabeza.

–Tu aprobación no me sirve de mucho ya. Ha dejado muy claro que no cree posible que tengamos un futuro juntos.

–Pues demuéstrale que está equivocado. Estoy segura de que puedes hacer entrar a un hombre en razón. Vente a la cocina. Voy a preparar un té y trazaremos un plan estratégico.

Detrás de la barrera del ruedo en Alburquerque, Brant hacía lo mismo que llevaba haciendo un mes: pensar en Annie.

Cada vez que veía alguna cabellera rubia moverse entre el público, el corazón se le aceleraba esperanzado, hasta que la decepción llegaba de nuevo.

Acababa de ocurrirle hacía sólo unos minutos.

De camino hacia los vestuarios, había visto a una rubia caminando al lado de Kaylee, la hermana de Mitch. Había tratado

de darles alcance, pero Colt y su amigo lo habían interceptado e interrogado sobre los toros que iban a montar.

Brant respiró profundamente. En realidad, daba lo mismo. Había resultado ser otra amiga de Kaylee o la nueva novia de algún vaquero.

Bueno, sólo era cuestión de dejar pasar aquel rodeo y, nada más terminar, regresaría a Illinois a pedirle a Annie que le diera otra oportunidad.

Durante los quince primeros minutos del espectáculo, y por primera vez en su vida, Brant estuvo preguntándose qué demonios hacía allí y cuándo acabaría.

Por suerte, con los primeros toros sobre la arena, la adrenalina empezó a hacer su efecto y a alejar de su mente a Ana.

Cuando el nombre de Colt resonó en los altavoces, Brant se preparó para saltar al ruedo. Pero en el instante en que vio aparecer a su hermano a lomos del feroz bovino supo que algo no iba bien. Colt se había quedado enganchado y no podía saltar de la bestia.

Corrió hacia él y, aproximándose desde el lateral, liberó a su hermano, que saltó de inmediato.

Pero el toro cambió de dirección inesperadamente. Antes de que pudiera reaccionar, Brant fue lanzado por los aires con fiereza.

Cinco minutos después del golpe ya se encontraba Brant en la enfermería, respondiendo a preguntas sobre dónde le dolía y cuánto.

–Ya te he dicho que estoy perfectamente, Ben –dijo–. Por favor, dame el alta y déjame salir de aquí.

–Ya sabes cuáles son las reglas. Cuando perdéis la conciencia, es necesario haceros un chequeo exhaustivo.

–¡Pero si apenas he cerrado los ojos treinta segundos! –protestó Brant.

–Brant, deja de discutir y haz lo que el doctor te dice.

Brant se quedó paralizado. El corazón comenzó a latirle con toda fuerza al oír aquella voz tan familiar. ¿Estaba alucinando? ¿El golpe había sido más fuerte de lo que él creía?

Levantó levemente la cabeza y entonces la vio. Iba vestida con unos vaqueros apretados, una camisa rosa y unas botas resplandecientes. Estaba impresionante.

–¡Annie! Eras tú la que estaba con Kaylee, ¿verdad?

–Sí, pero les pedí a Mitch y a Colt que te entretuvieran si había peligro de que descubrieras que estaba aquí. Quería asegurarme de que no te me escaparías y de que podría hablar contigo con calma después del rodeo.

–Bueno, quizás no sea éste el lugar ni el momento.

–Yo creo que sí lo son –se volvió a mirar al doctor–. Estoy segura de que Brant no puede salir todavía de la enfermería, ¿verdad?

El médico sonrió.

–Sí, así es.

–¡Encima no la ayudes! –protestó Brant.

Ben se rió y se encaminó hacia la puerta.

–Iré a ver lo que queda de rodeo.

En cuanto el hombre salió, Anastasia volvió su atención hacia Brant.

–Me he pasado toda la vida soportando que otros decidan por mí y estoy cansada. Ya soy perfectamente capaz de saber lo que quiero o no.

–Yo nunca he tratado…

–Sí, claro que lo has intentado –lo interrumpió ella–. Hace un mes me dijiste que al cabo de un tiempo me aburriría de vivir en un rancho y querría regresar a la ciudad. ¿De verdad piensas que me gusta vivir en un mausoleo?

Su determinación y firmeza la hacían parecer aún más hermosa si cabía a ojos de Brant. ¡Cómo la amaba!

–Annie, hay algo que quiero decirte.

–Todavía no he terminado –dijo ella–. Jamás me había sentido tan viva como durante la semana que pasé en Lonetree. No quiero volver a mi existencia vacía y carente de emociones.

–¿No? –dijo él, sintiendo que una enorme emoción lo embargaba.

–Ni hablar. Hace cosa de un mes conocí a un hombre maravilloso y no voy a dejarlo escapar. Pienso seguirlo hasta el fin del mundo si hace falta para que estemos juntos. Y ahora creo que debería decirme algo antes de que haga el más completo de los ridículos…

–Te quiero, cariño –dijo Brant–. Que no te quepa duda. Pero me gusta tanto verte furiosa que no quería interrumpir.

Acto seguido se inclinó sobre ella y cubrió sus labios con un beso empapado de amor.

–Cielo santo, cómo te he echado de menos –susurró él, retirándose ligeramente de ella–. ¿Podrás perdonarme algún día por haber sido tan necio?

–Sí –respondió–. Pero que no vuelva a suceder.

–Te aseguro que jamás volveré a cometer un error semejante –dijo Brant con una sonrisa satisfecha. Tendió la mano y se la posó en la mejilla–. Eres la mujer más maravillosa del mundo y no quiero volver a perderte. Te amo más que a nada en el mundo. ¿Quieres casarte conmigo y hacer de Lonetree tu hogar?

–Sí, claro que quiero casarme contigo. Pero no quiero vivir en Lonetree.

El corazón de Brant se detuvo durante un breve segundo.

–¿Dónde quieres vivir?

–En esa casa de madera que construiremos en tu valle –dijo ella con una expresión radiante–. Quiero que disfrutemos allí de cada invierno y cada verano de nuestras vidas, observando la montaña desde aquel balcón que tendrá nuestro dormitorio. Allí criaremos a nuestros hijos.

Con la reconfortante sensación de que todos sus sueños se iban a convertir en realidad, besó a Ana.

–Será un placer hacer todo eso junto a ti. Pero quiero que sepas que ése ya no es mi valle –dijo él.

–¿No? –preguntó ella claramente decepcionada.

–No. Es de los dos, tuyo y mío –dijo, abrazándola–. Ésa es la parte que nos corresponde del rancho.

–Te quiero, Brant –dijo ella con la voz cargada de emoción.

–Yo también te quiero, Annie.

Ella se apretó contra él.

–Tengo la sensación de que estamos a punto de iniciar una increíble aventura.

–Y así es –se levantó de la camilla y, tomándola de la mano, la guió hacia la puerta–. ¿Estás preparada para empezarla?

Con una gran sonrisa, ella asintió y, juntos, comenzaron una nueva vida.